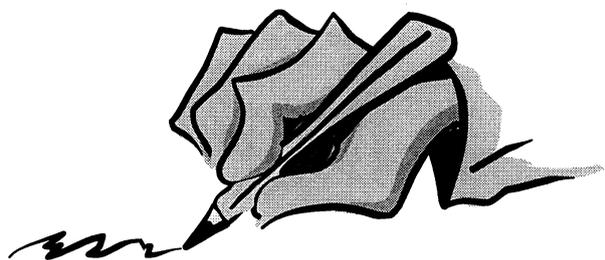


**Una definición
del
CRISTIANISMO**



para el siglo XXI

Cristianismo Contemporáneo

Teología de la oración

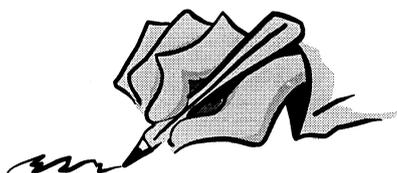
Psicología de la oración

Fundamentos para una ética bíblica

Una definición del cristianismo para el siglo XXI

Conceptos bíblicos fundamentales

Una definición del CRISTIANISMO para el siglo XXI



Un estudio basado
en los Hechos de los Apóstoles

David Gooding y John Lennox



EDITORIAL CLIE

Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)
E-mail: libros@clie.es
Web: <http://www.clie.es>

Publicaciones ANDAMIO

C/ Alts Fornes, 68 Sot, 1ª
08038 Barcelona
Tel. y fax: (34) 93 432 25 23
E-mail: andamio@teleline.es

*Publicaciones Andamio es la sección editorial
de los Grupos Bíblicos Universitarios de España (GBU)*

UNA DEFINICIÓN DEL CRISTIANISMO PARA EL SIGLO XXI

Un estudio basado en los Hechos de los Apóstoles
David Gooding y John Lennox

© The Myrtlefield Trust, 1993
180 Mountsandel Road
Coleraine, N. Ireland BT52 1TB

Copyright para la versión española: The Myrtlefield Trust, 2001
Todos los derechos reservados. All rights reserved

Originally published in Russian under the title: *The Definition of Christianity*
Traducido por: *Elena Flores Sanz*

Depósito Legal: B-26950-01
ISBN: 84-8267-150-2

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 2.910 SE- Polígono Industrial Can Trias,
C/Ramon Llull, 20- 08232 VILADECALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifíquese: 65 TEOLOGÍA: Pensamiento Cristiano
C.T.C. 01-01-0065-05

Referencia: 22.42.78

Índice

Introducción a la colección «Cristianismo contemporáneo»	7
1. La verdadera revolución	11
2. Definición básica	19
3. La tremenda decadencia del mundo	27
4. El enfrentamiento entre diferentes cosmovisiones	33
5. ¿Martirio o fanatismo?	39
6. Magia y Evangelio	45
7. El verdadero significado de la conversión	51
8. El verdadero internacionalismo	57
9. La lucha contra la opresión religiosa	65
10. La inviolabilidad de la persona humana	73
11. Cristo entre los filósofos	81
12. Otros libros del mismo autor	89

Introducción a la colección «Cristianismo contemporáneo»

El gran filósofo español José Ortega y Gasset, afirmaba que: «El hombre de hoy no puede ser el hombre del siglo primero, porque es precisamente el hombre del siglo primero y más». Alfonso Ropero, notable pensador y escritor protestante contemporáneo, comenta la frase de Ortega y Gasset en estos términos: «Con esto se quiere decir que al hombre actual hay que sumarle el pasado. Por eso el hombre de hoy no puede ser el hombre del siglo primero, porque es precisamente el hombre del siglo primero y es más».¹

Uno de los mayores problemas que enfrenta el cristianismo en los albores del Siglo XXI es su limitada capacidad mutante. Más allá de su misión de transmitir las verdades históricas que dimanaban de la Revelación de Dios, un importante sector del cristianismo se ha obsesionado en querer supeditar al individuo al marco de los contextos sociológicos en los que tales verdades se manifestaron, limitando sensiblemente su capacidad para el progreso. Con ello, más que salvaguardar la sana doctrina y mantener la pureza de la fe, lo que hacen es alejarla de la realidad.

Así vemos con tristeza como muchos se aferran desesperadamente a literalismos y reduccionismos bíblicos innecesarios e injustificados, que ante los ojos de nuestra sociedad contemporánea, no hacen más que convertir a la Biblia un libro de fábulas, la fe una

¹ Alfonso Ropero, *Historia, Fe y Dios*, Editorial. CLIE, 1995; pp. 23.



superstición, la Iglesia una institución caduca, y el cristianismo en una entelequia del pasado, considerado como incapaz de evolucionar al ritmo de la sociedad.

No cierto que la fe cristiana se ha convertido en algo irrelevante para el hombre contemporáneo. Como tan acertadamente describe el periodista y pensador español Baltasar Porcel: «...el hombre o mujer de la electricidad ya son otros que los de la vela, los de la telefonía móvil son distintos a los del teléfono fijo y el viajero de avión está en las antípodas del que transitaba a caballo. Se ha ganado, pues en velocidad, conocimiento, dinero, cultura, vivencias. Se ha ganado si la esencia de la vida consiste en todo esto. O sea, que todo esto serían consecuencias o respuestas que no habíamos hecho, ésta: ¿qué es la vida? O ¿qué es el ser humano?. El hombre de ahora no es el realidad el de ayer que haya progresado –mientras un gato, un mosquito, o un pez espada siguen igual– sino uno que ha cambiado. No somos mejores que los del siglo XIX a causa del progreso, sino que somos distintos... el progreso es inevitable, pero el ser humano no será si solo es progreso²».

De ahí cabe deducir que, si los hombres y mujeres del siglo XXI no son mejores que los del siglo XIX o los del siglo I a causa del progreso, sino que únicamente son distintos, los contenidos del Evangelio que predicamos siguen intactos y continúan manteniendo para nuestra sociedad contemporánea el mismo valor de respuesta que tuvieron en el contexto de nuestros antepasados.

Lo único que hace falta es incorporarlos a la rueda del progreso, renovarlos y adecuarlos a la realidad y entorno en los cuales lo predicamos; adaptar su presentación y su lenguaje para que su relevancia se haga patente, para que llegue y comunique. El Cristo que predicamos es inmutable y la verdad que anunciamos es peren-

² Baltasar Porcel, *El ser y el progreso*, La Vanguardia, 18-2-200.



ne; pero los medios que utilizamos y las actitudes que adoptamos al hacerlo han de cambiar y adaptarse a los tiempos. Y ese cambio en el «continente» debe lograrse, sin que afecte en nada la pureza del «contenido».

Con esta idea en mente nace esta nueva colección de CRISTIANISMO CONTEMPORÁNEO. Su objetivo está en seleccionar y publicar obras sólidas y eruditas de los mejores autores cristianos contemporáneos que sirvan para guiar a los líderes cristianos en la tarea de presentar, ante los hombres y mujeres del Siglo XXI, una imagen actualizada pero a la vez bíblica de las verdades de la Escritura; capaz de transmitirles el mensaje de que la fe cristiana, no tan sólo no es una entelequia del pasado, sino que se plantea ante el hombre como única alternativa de futuro.

Eliseo Vila
Presidente de la Editorial CLIE

La verdadera revolución

CAPÍTULO I

En cierta ocasión se le preguntó al famoso filósofo y estadista indio Mahatma Gandhi por qué no se unía a la Iglesia Cristiana. Su respuesta fue: «¿A cuál?» Es innegable que, echando un vistazo al mundo, la cristiandad moderna presenta un cuadro ciertamente confuso y desconcertante.

Se ha llegado a esta situación debido a múltiples razones: En primer lugar, en el curso de la historia se han ido acumulando numerosas adiciones supersticiosas acerca del cristianismo (cómo se amontonan los percebes en el casco de un barco, a veces en tal cantidad que amenazan con hundirlo totalmente), llevándolo a ser despreciado por la gente seria. La otra razón es más importante (¡Al fin y al cabo, un observador perspicaz es capaz de diferenciar fácilmente un barco de un percebe!). Para el de afuera es mucho más difícil diferenciar el cristianismo original e histórico de las diversas formas que ha tomado la doctrina y la praxis dentro de la cristiandad en su evolución a lo largo de los siglos.



Es una tremenda lástima, porque a menudo quedan oscurecidos los hechos históricos básicos originales e invariables que constituyen el corazón y la esencia permanentes del cristianismo.

Después de todo, el cristianismo no es esencialmente un sistema moral (como es el caso del confucionismo) que hay que adaptar a los cambios de los siglos para que no quede obsoleto. Ni se trata de un sistema de verdades filosóficas universales abstractas, cuya validez es independiente de los pensadores que las recibieron por primera vez. Ni es, como muchas religiones paganas, un sistema de rituales que dependen para ser efectivos de que se lleven a cabo de forma correcta. **El cristianismo es, como expresó San Pablo, las buenas nuevas concernientes a una persona histórica, Jesucristo de Nazaret**, quien por parte humana nació del linaje real de David y demostró ser el Hijo de Dios con poder por medio de su resurrección de la muerte. Jesucristo es él mismo las buenas nuevas: su persona (quién es), su vida (lo que hizo, enseñó y proclamó), su muerte (lo que llevó a cabo por medio de ella) y su resurrección (que demostró que lo que había proclamado era verdad). Estos hechos históricos son el corazón del evangelio cristiano, y el Nuevo Testamento es el registro de los mismos y de sus implicaciones.

De todos los escritores neotestamentarios, el mayor genio literario e histórico es sin duda Lucas, el autor del Evangelio que lleva su nombre, y de su segunda parte, *Los Hechos de los Apóstoles*. Renan, que sentía poca simpatía por el contenido del Evangelio de Lucas, lo describió como «el libro más bonito del mundo»; y el de Hechos, aunque no es bonito en el mismo sentido, sirve a un propósito único, no sólo dentro del Nuevo Testamento, sino también en el corpus de toda la historia mundial.

En el Nuevo Testamento encontramos que hay otros tres escritores que, junto a Lucas nos relatan la vida, muerte y resurrección de Cristo. La mayor parte del resto del Nuevo Testamento se compone de cartas escritas a diversos grupos de cristianos. De ahí deducimos que, en el momento de escribir, ya se habían establecido las iglesias cristianas multirraciales con una rapidez destacable no sólo en Palestina, donde Cristo vivió, sino por todo el mundo mediterráneo:



en la erudita Atenas, en la brillante Corinto que se dedicaba al comercio depravado, en la elegante Éfeso, e incluso en la metrópoli del imperio, la misma Roma.

Inmediatamente surge la cuestión siguiente: ¿Cómo comenzó todo? ¿Cómo llegaron a establecerse aquellas iglesias? Lucas responde a esa cuestión. Es él quien nos relata cómo los apóstoles y misioneros cristianos atravesaron el mundo romano y predicaron el evangelio, y cómo las multitudes tanto judías como gentiles, al escuchar el evangelio, creyeron, encontraron la salvación a través de Cristo y se constituyeron en iglesias cristianas.

Pero entonces se plantearon cuestiones más profundas: ¿Cuál era el contenido del evangelio? Obviamente, los cristianos primitivos no esperaron a tener un mensaje definido por medio de los imponentes credos de siglos posteriores antes de comenzar a predicarlo. Ni la gente tuvo que esperar a futuros desarrollos doctrinales antes de poder creer y encontrar la salvación a través de Jesucristo. ¿Cuál era entonces el mensaje que resultó tan efectivo en los primeros años de cristianismo? ¿Cuáles eran sus características esenciales? ¿Quién y cómo las definió? Es a esta cuestión a la que el historiador Lucas pretende dar respuesta.

Antes de observar cómo lo hace, debemos advertir lo bien cualificado que estaba para semejante tarea. En primer lugar fue compañero de viaje del apóstol Pablo y un testigo de primera mano que vivió la formación de muchas iglesias cristianas y la predicación por medio de la cual se constituyeron. En segundo lugar, a lo largo de los dos años que Pablo estuvo prisionero en Cesarea, Lucas tuvo oportunidad de consultar a los contemporáneos de Jesucristo y así conocer los hechos fundamentales de primera mano, relatados por testigos oculares, del ministerio de nuestro Señor (así nos lo dice en la introducción a su Evangelio). Es un hecho que la obra de Lucas ha sido tremendamente criticada; pero la investigación moderna ha demostrado que, en las cosas que se han podido comprobar, ha quedado claro que se trata de un historiador fiable y preciso, como vemos en la detallada y documentada obra del Dr. Colin Hemer, *The Book of Acts in the setting*



of *Hellenistic History* [El Libro de Hechos en el Marco de la Historia Helénica] (Paul Siebeck, Tübingen 1989).

No obstante, la genialidad de Lucas como historiador se ve sobre todo en el hecho de que no intentara hacer una crónica de cada uno de los detalles de todos los viajes que se hicieron y de todos los sermones de cada uno de los apóstoles y misioneros cristianos. Naturalmente estaba interesado en la expansión geográfica del cristianismo, lo que se evidencia en los resúmenes con los que concluye cada sección principal de su obra que, cual repique de campanas, proclaman la irresistible expansión de la Palabra de Dios y la consecuente multiplicación de las iglesias cristianas. Pero, cuando examinamos la selección que hace del material en cada una de sus secciones principales, inmediatamente podemos ver que su principal interés era otro.

Tomemos, por ejemplo, la primera sección (1:1-6:7). Aquí Lucas describe cómo los apóstoles, fortalecidos por el poder del Espíritu Santo, se ocuparon en la proclamación del incontrovertible hecho de la resurrección de Jesús, insistiendo a sus oyentes con un sentido de urgencia en su ineludible implicación: *A este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo, y la salvación y el perdón de los pecados se encuentran en él y sólo en él.* Pero entonces tuvo lugar una crisis: El Sanedrín prohibió toda predicación en el nombre de Jesús. El Sanedrín era la autoridad religiosa suprema dentro del judaísmo oficial; los apóstoles habían crecido dentro del judaísmo, y el cristianismo había nacido en medio de él. Desobedecer y desafiar al Sanedrín era un paso serio, y uno se arriesgaba a todo tipo de consecuencias previsibles o imprevisibles. Pero era imposible obedecer al Sanedrín sin negar el mismo corazón, vida, alma y centro del cristianismo. Negar o guardar silencio acerca de la deidad y mesiazgo del Señor vivo habría sido desobedecer a Dios, ser desleal a Cristo y a la causa de la salvación del hombre. Era imposible una postura intermedia. Sin dudarlo, los apóstoles desobedecieron y desafiaron al Sanedrín, y así el cristianismo dio el primer paso en su alejamiento del judaísmo oficial.



De ese modo, con un fino sentido histórico de lo que era verdaderamente significativo e importante, Lucas nos muestra a los apóstoles de nuestro Señor Jesús definiendo durante todo el tiempo el que es el primer fundamento principal e indispensable del evangelio cristiano.

En la segunda sección principal de la obra (6:8-9:31), Esteban, el primer mártir cristiano, aunque había crecido reverenciando el templo judío, comenzó a darse cuenta de que el sacrificio de Cristo en la cruz, su resurrección y entrada en el cielo conllevaban implicaciones que, de hecho, dejarían anticuado el templo con todo su elaborado sistema de sacrificios, rituales y sacerdocio. Por avanzar este punto de vista y mantenerlo en una discusión pública, de hecho, se jugó la vida. Pero no intentó retractarse. Para él, la idea cristiana de la nueva forma, inaugurada por Cristo, en que el hombre puede acercarse a Dios, era una parte tan esencial del evangelio que resultaba imposible contemporizar. Por eso Esteban murió y el cristianismo definió otro elemento de su mensaje esencial.

En la tercera sección (9:32-12:24), Lucas narra cómo el antiguo concepto judío de la santidad amenazaba con impedir que el mensaje cristiano saltara las barreras del judaísmo para adentrarse en el extenso mundo gentil. De hecho, Dios tuvo que intervenir para enseñar al apóstol Pedro lo diferente que sería el cristianismo del judaísmo en el que había crecido. La santidad externa de rituales y ceremonias, basada en la observancia estricta de dietas y abluciones religiosas que habían sido válidas en los días del Antiguo Testamento, ya no era apropiada. De hecho había que dejarla de lado. De ahí en adelante, la santidad se alcanzaría por medio de una relación profunda, interior y personal con el Señor vivo. La sangre de su sacrificio sustitutorio limpiaba la culpa por el pecado, y se les daría poder para vivir una vida limpia y santa por medio del Espíritu Santo que Cristo imparte a todos aquellos que ponen personalmente su confianza en Él.

El mismo patrón se repite en la cuarta sección (12:25-16:5). En el judaísmo al que se enfrentaron los primeros cristianos, el rito iniciático de la circuncisión, que normalmente se llevaba a cabo en los



niños pocos días después de nacer, se consideraba indispensable para formar parte de la nación santa y de ayuda, por no decir necesario, para la salvación. Algunos cristianos empezaron también a pensar que aquel rito era necesario para la salvación; pero los apóstoles y ancianos fueron requeridos a reunirse en Jerusalén para considerar la cuestión. Pedro y Santiago pronunciaron la decisión apostólica oficial, autoritativa y permanente. El rito religioso de la circuncisión era innecesario y no contribuía en nada a la salvación, no sólo en el caso de los gentiles, sino también en el de los judíos. Resulta difícil ser conscientes de la importancia del paso, de los que hacen época, que dio el cristianismo al distanciarse del ritualismo del judaísmo de aquel tiempo.

De forma similar, en la quinta sección (16:6-19:21), cuando Pablo y sus compañeros llegaron a Macedonia y a Grecia, Lucas, con una selección prudente de incidentes y sermones, nos muestra una vez más al cristianismo enfrentándose a su trasfondo (ahora no al judaísmo, sino al espiritismo pagano, a la política, la religión y la filosofía).

Finalmente, en la última sección y la más larga del libro (19:22-28:31), la atmósfera del relato de Lucas es notablemente diferente, porque aquí encontramos a Pablo no tanto predicando, sino defendiendo el evangelio ante los tribunales civiles y religiosos del imperio. Pero el patrón es el mismo. Porque, cuando Pablo se defiende a sí mismo y cuando defiende el evangelio de las alegaciones difamatorias que se hacen en su contra, el relato de Lucas deja claro que Pablo y el evangelio no son lo que la gente se imaginaba en su ignorancia que eran, o lo que la gente había dicho maliciosamente que eran. Lucas continúa así definiendo por medio del contraste lo que es realmente el cristianismo.

La gran sensibilidad de Lucas hacia lo que era el cristianismo esencial puede ofrecernos mucha luz a los que vivimos en este siglo tan distante. Porque, en las diferentes épocas, la cristiandad ha permitido a menudo que su mensaje se confunda con la política civil y con las filosofías contemporáneas. También, en algunos países, se han introducido en la iglesia las costumbres y fiestas paganas; y, en



nuestros días, la obsesión con lo oculto y la fascinación hacia diversas prácticas y formas de hinduismo amenazan con invadir la iglesia y conducirla a un sincretismo impío. En los países ricos se ha presentado la fuerte tentación de unirse a asociaciones secretas de negocios que en sus ceremonias adoran a los mismos dioses paganos que tenía el mundo antiguo; mientras que, en los países más pobres, la tentación ha sido la contraria, uniendo el evangelio cristiano al marxismo para producir una teología politizada de la liberación.

Lucas dedicó su obra originalmente a un tal Teófilo con la esperanza de convencerle de la verdadera naturaleza y credibilidad de la fe cristiana. Puesto que en los próximos capítulos estudiaremos en detalle el relato de Hechos y el cristianismo continúa adelante con toda su claridad, el deseo de Lucas sería que nos sirva a nosotros igual que quería que le sirviera a Teófilo.

Definición básica

CAPÍTULO 2

A la pregunta de cuál fue el poder que catapultó a los primeros cristianos al escenario de la historia mundial, Lucas respondería sin dudar: la resurrección de Jesús y la venida del Espíritu Santo. En cuanto a cuál es el propósito para el que se constituyeron las primeras comunidades cristianas, Lucas respondería una vez más: dar testimonio de la resurrección de Jesús. Lucas insiste una y otra vez en este hecho histórico fundamental. Ésa fue la tarea —nos dice ya en su primer capítulo— que encomendó el Señor resucitado a sus discípulos (1:8). Ése fue el propósito de la elección de Matías: *uno sea hecho testigo con nosotros de su [de Cristo] resurrección* (1:22). Después de eso, de vez en cuando, repite de nuevo que la primera función de la comunidad cristiana era testificar de la resurrección del Señor Jesús (2:32; 3:15; 5:30-32; 10:39, 41; 13:31; 17:3, 31; 26:16).

Esto es tanto importante como significativo. Si se le pregunta a los budistas, por ejemplo, cuál es la fuente de su religión, te dirán: «Gautama Buda y su Iluminación». Pero, en el momento de su muerte, Buda negó que él mismo fuera el medio de salvación. Lo



importante era su enseñanza. Y el propósito de sus seguidores ha sido siempre practicar y propagar esa enseñanza.

Los primeros cristianos, en cambio, justifican su conducta de forma diferente. Cuando Jesús murió, también poseían sus maravillosas enseñanzas éticas. Pero, a pesar de eso, sentían que Jesús mismo era un fracaso. No era el libertador que ellos pensaban que sería (Evangelio de Lucas 24:19-21); y se escondieron acobardados en un aposento alto con las puertas cerradas por temor a ser también arrestados y ejecutados.

¿Qué los transformó? No fue una nueva forma de ver el valor de las enseñanzas éticas de Cristo. ¡Fue su resurrección la que lo consiguió! Y, cuando se enfrentaron al público, no fue la enseñanza ética de Cristo lo primero que predicaron —no hay prácticamente ni una sola frase del Sermón del Monte en todo el libro de Hechos—, sino la resurrección de Cristo y sus gloriosas implicaciones.

Ahora, la Iglesia Cristiana es un hecho histórico; y, desde un punto de vista histórico, su origen ha de ser razonado. Es obvio que no surgió de la nada, sin causa ni propósito. Si rehusamos creer en la resurrección y, por tanto, rechazamos la única causa y el propósito que los mismos cristianos primitivos daban a su origen y existencia, nos queda un hueco en la historia que no se puede cubrir de forma convincente con ninguna otra causa que se pueda aducir. Sin la resurrección, los cristianos habrían carecido del valor necesario para enfrentarse al mundo y, según su propio testimonio (1 Corintios 15:1-20), no habrían tenido evangelio con el que enfrentarse al mundo.

Lo que predicaban eran las buenas nuevas acerca de Jesús de Nazaret: que *Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras, y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras* (1 Corintios 15:3-4).

Ahora, la resurrección de sólo un hombre, sea quien fuere, ya sería ciertamente una noticia asombrosa; ¡pero no necesariamente sería el evangelio para toda la humanidad! La resurrección de Jesús es, además de fidedigna, evangelio para todo el mundo, porque Él —aunque ciertamente humano como el resto de noso-



tros— no sólo era un hombre: era el clímax del proceso de la revelación de Dios a la humanidad, que había durado eras.

En su primer sermón importante (2:25-31), el apóstol Pedro le identifica como el descendiente del antepasado de Israel, el rey David, y en el segundo (3:12-26) como un heredero físico y espiritual de los patriarcas de Israel: Abraham, Isaac y Jacob.

Antes de que rechacemos estas identificaciones como irrelevantes para el propósito de definir un evangelio universal, deberíamos fijarnos en la importancia que otros escritores del Nuevo Testamento le otorgan a estos hechos. Mateo (1:1) informa a sus lectores, mayormente judíos, que Jesucristo era el hijo de David, el hijo de Abraham. Más destacable todavía es que Pablo, en su magistral exposición del evangelio escrito para los cristianos de Roma, capital del imperio del César, insista en identificar el evangelio como ...*las santas Escrituras acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne* (Romanos 1:1-3).

¿Qué aparente incongruencia es ésta? El imperio romano era todavía joven cuando nació Jesús. Después de las convulsiones de la guerra civil que acabó con la República Romana, Augusto había conseguido establecer un imperio que había pacificado de forma bastante amplia al mundo y estaba destinado a durar otros mil años o más. ¡Debió parecer ridículo, si no ofensivo, que se dijera que el Salvador del mundo señalado por Dios no serían los emperadores romanos, sino Jesús de Nazaret, de una casa real que aparentemente ya no existía y de una diminuta y a veces problemática nación del extremo del imperio!

No obstante, para ser justos hemos de decir que los primeros gobernadores y emperadores romanos fueron bastante tolerantes con el cristianismo, como señala el mismo Lucas, aunque a veces se burlaran de los cristianos como hizo Festo con Pablo, proclamando que eran fanáticos religiosos con problemas mentales. Cuando el cristianismo se extendió, sin embargo, los posteriores emperadores —pensando que se trataba de una subversión contra el Estado y que era contrario a sus ideologías— trataron de suprimirlo, insistiendo en que el cristianismo era una ofensa capital contra el



Estado. Los más brutales se dedicaron a arrojar a los cristianos a los leones.

Y así la historia nos enseña sus innegables lecciones. Los grandes Césares y sus poderosos imperios desaparecieron desde entonces. Ahora nadie les sigue, nadie les obedece. Pero el cristianismo se ha mostrado imposible de reprimir, subrayando la verdad del consejo de Gamaliel a sus compañeros del concilio en el Sanedrín judío, durante el primer intento de suprimir el cristianismo: *Apartaos de estos hombres, y dejadlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; mas si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios* (5:38-39). Hasta la fecha, los regímenes que han pasado por alto este consejo y han intentado suprimir el cristianismo han ido desapareciendo uno tras otro o han tenido que ser desmantelados. Pero millones de personas han ido reconociendo de forma creciente su lealtad a Jesús como el Señor vivo.

Pero hubo otro escándalo inherente al evangelio cristiano que sólo la resurrección podía superar. Cristo, mientras vivió, ciertamente proclamó que era el Mesías, el hijo de David. Al mismo tiempo, advirtió a sus discípulos que no ascendería de forma inmediata a su trono triunfal. Primero debía morir y volver a resucitar. Ellos no lo entendieron. Porque, como nosotros, encontraban difícil entender lo que no querían oír. Su concepto de Salvador había sido modelado por una interpretación inadecuada del rey David, más en línea con la comparativamente reciente revuelta de los Macabeos, quienes se habían dedicado a luchar por la libertad. Esperaban un rey mesiánico que expulsaría a las odiadas fuerzas imperialistas de ocupación, eliminaría la pobreza y acabaría con los colaboracionistas que habían explotado el sistema romano de impuestos en aras de obtener sus propias ganancias.

Por tanto, un Mesías que, en vez de conquistar a sus enemigos, se permitiera aparentemente ser derrotado por un sistema político malvado y corrupto resultaba una contradicción. Cuando Jesús fue arrestado, le abandonaron y huyeron, y cuando fue crucificado sus esperanzas se evaporaron (Evangelio de Lucas 24:20-21). Pero la resurrección de Cristo no sólo restableció su fe en Él: amplió infini-



tamente su concepto de salvación. Hasta entonces, su análisis del problema humano había sido demasiado superficial. En primer lugar, se había limitado a sus propios estrechos intereses nacionalistas judíos; mientras que Jesús sería un libertador de toda la humanidad de todas las naciones. En segundo lugar, habían pasado por alto el hecho de que el activismo político y la lucha humana son instrumentos muy contundentes en el empeño por enmendar las injusticias del mundo. Los grandes movimientos revolucionarios rara vez han conseguido eliminar sólo el mal, dejando al inocente ileso: normalmente ocurre lo contrario. Más aún, los que profesan ser defensores de la justicia a veces eliminan, sobre la base de sus ideologías, a millones de personas cuyo fallecimiento inevitable ha sido muestra del terrorífico costo en vidas humanas que implica la construcción del imperio. Para que alguna vez se haga justicia a esos innumerables millones de personas que han muerto, la muerte misma ha de ser vencida.

La resurrección es la proclamación triunfal de Dios de que la muerte no es el final, de que las injusticias del pasado no han sido olvidadas y el mal no siempre triunfará. Como señala Pedro ante la multitud (2:22-23), el mismo rey David había anticipado la necesidad de esto: si el Mesías, como todos los demás hombres, quedaba abandonado permanentemente en la tumba, entonces no había fin para las injusticias de la tierra, salvo una tumba terriblemente injusta, indiscriminada y eterna. Al levantar a Jesucristo de la muerte, Dios había anunciado y asegurado a todos los hombres que la muerte no era el fin; que las injusticias no siempre triunfarían. Un día, Dios juzgaría al mundo con justicia por medio del mismo Jesucristo (17:31). Pedro, de hecho, comenzó su sermón señalando que el profeta Joel, junto a los demás profetas, había fortalecido a sus oyentes con la promesa de aquel día de juicio universal: el «Día del Señor, grande y manifiesto», lo denomina en 2:20. La resurrección de Jesucristo confirmó esa promesa, y Pedro la predicó como el evangelio para la nación.

Hay, por supuesto, una objeción comprensible a este anuncio, y es la siguiente: Si todo esto es cierto, ¿por qué no ha ocurrido ya?



¿Por qué se permite que el mal dure tanto y que alcance esas proporciones monstruosas en nuestro propio siglo? La respuesta, una vez más, hay que encontrarla en lo que Pedro le dijo a la multitud. El programa que Dios anunció originalmente a través de David, el antiguo rey y profeta, no fue que el Mesías, tras su muerte y resurrección, procedería inmediatamente a acabar a la fuerza con el mal de todo el mundo. Ascendería al trono celestial de Dios y se quedaría allí hasta que, en su segunda venida, todos sus enemigos fueran puestos por estrado de sus pies (Salmo 110:2; Hechos 2:34).

Y nosotros podemos ver por qué tenía que ser así. La promesa de un juicio venidero no son buenas nuevas incondicionales para todos nosotros. Porque, aunque se ha pecado contra todos nosotros, también todos hemos pecado personalmente, y no sólo contra otras personas, sino contra Dios. Y, si no hubiera remedio para esto, entonces el juicio venidero sería un desastre para nosotros y para toda la raza humana.

Es esto lo que le otorga una importancia universal a la siguiente señal de identificación del evangelio que nos provee Lucas. El profeta Isaías había indicado mucho tiempo antes que Dios había otorgado al Mesías otra misión que cumplir. Antes de que viniera como rey para juzgar al mundo, tenía que venir como siervo de Dios que no sólo sufriría inocentemente en manos del hombre, sin represalias —que habrían hecho que el mal siguiera triunfando y no habrían salvado a nadie—, sino que tomaría sobre sí mismo el castigo por los pecados del mundo, sufriría y moriría como un sacrificio por el pecado, de forma que los hombres y las mujeres pudieran ser perdonados, justificados y aceptados por Dios (Isaías 52:13-53:12). Es a esto a lo que el mismo Jesús se refería cuando remarcó a sus apóstoles: *El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos* (Mateo 20:28). Es a esto a lo que se refería Pedro cuando les predicó a los hombres que habían gritado que crucificaran a Jesús que éste era el Siervo perfecto de Dios a través del cual podrían encontrar perdón, paz y reconciliación con Dios (3:13; el griego debería traducirse como «siervo», y no como «hijo»).



¿Pero cómo podían saber los oyentes de Pedro que todo eso era verdad? No habían visto al Señor resucitado como los apóstoles. Podían, por supuesto, haber ido a la tumba para ver si estaba vacía. Podían haber investigado todas las otras evidencias, tanto materiales como humanas. Pero, sobre todo, había otra clase de evidencia. Lucas nos cuenta que era nada menos que la siguiente: la resurrección y ascensión de Jesucristo había abierto el camino para aquella invasión sin precedentes del Espíritu Santo de Dios en nuestro mundo que el antiguo profeta Joel había predicho 800 años atrás. La evidencia para ello era a dos niveles. En un nivel estaba penetrando en los oídos de la multitud políglota, que había venido de todo el mundo a Jerusalén en ocasión de la fiesta judía de Pentecostés. Porque el Espíritu Santo, en aquella ocasión, había fortalecido a los primeros cristianos de forma milagrosa para que hablaran en idiomas extranjeros que no habían aprendido y no comprendían, de manera que aquella multitud pudieran entender lo que se decía en su lengua materna. El significado y propósito de aquel inusual milagro era claramente demostrar que tanto el mensaje que predicaban los apóstoles como el poder de convicción con el que hablaban procedía de Dios mismo.

Y, en otro nivel, la efectividad de la evidencia dependía de la voluntad de dirigir un experimento personal. Se les había ofrecido, como Pedro señaló, el don del Espíritu Santo (2:38). La recepción del mismo en sus corazones les abriría a una poderosa comunión personal con Dios que les supondría una evidencia incontrovertible de que Jesús, el hijo de David, el hijo de Abraham, era verdaderamente el Salvador del mundo. Para esto, por supuesto, había términos y condiciones; y de ello hablaremos en el próximo capítulo.

La tremenda decadencia del mundo

CAPÍTULO 3

En opinión de muchos, la principal tarea del cristianismo –suponiendo que tenga una tarea que cumplir– debería ser preocuparse por las cuestiones morales y los valores humanos: denunciar la mentira, el robo, el adulterio y todos esos pecados concretos, y al mismo tiempo animar a la gente a perdonar a sus enemigos, amar y ser amables con los demás. Si ésa es la impresión que tenemos, nos producirá un fuerte impacto abrir las primeras páginas de la historia de Lucas y leer su relato de los primeros sermones que predicaron los cristianos. No se molestaron en denunciar pecados concretos ni en animar a la gente a desarrollar virtudes apropiadas. Y no es porque los primeros cristianos fueran indiferentes a las cuestiones éticas y los valores humanos: las cartas que escribieron los apóstoles a sus primeros convertidos están llenas de ese tipo de instrucción moral.

El relato de Lucas muestra que la aparente ausencia de interés de los primeros cristianos en los pecados concretos se debía a que se preocupaban por un pecado en particular que consideraban de enorme importancia. La resurrección de Cristo había demostrado que



era el Hijo de Dios con poder; y la implicación ineludible era espantosa: Israel había crucificado al Mesías enviado por su Dios; los seres humanos habían matado al Autor de la Vida (3:15); la humanidad había asesinado a su Hacedor. La crucifixión de Cristo, como entendieron los primeros cristianos (basándose en la Biblia), era la suprema ira humana dirigida contra Dios: un esfuerzo concertado, tanto por los judíos como por los gentiles, para deshacerse del control y de las demandas de Dios (4:23-31).

Esto no es una exageración. La cruz de Cristo diagnostica cuál es el problema básico de todo el mundo en todos los tiempos. No es la hostilidad del hombre hacia el hombre: ése sólo es un síntoma secundario. Se trata de la hostilidad del hombre hacia Dios. La crucifixión del Hijo de Dios fue el cráter del volcán a través del cual, en un momento y lugar determinados de la historia, se produjo la erupción de aquel resentimiento profundo y la rebelión contra Dios que siempre, desde que el hombre pecó por primera vez, se ha producido en el corazón de todas las personas, religiosas o no, primitivas o modernas. La parábola de los guardianes de la viña (Evangelio de Lucas 20:9-15) que contó nuestro Señor en primer lugar contra los líderes religiosos de su tiempo enfatiza eso mismo. El mundo en que vivimos tiene un Propietario Personal, ¡y no somos nosotros! Nosotros sólo somos arrendatarios y mayordomos. Y el heredero de la viña es el Hijo del Propietario.

Pero la gente no se contenta con ser arrendataria. Vive como si no hubiera Señor. O, suponiendo que lo hubiera, como si no tuviera derecho a esperar de ellos amor, obediencia, devoción y servicio. Actúan como si dispusieran por completo de sus vidas, como si el mundo les perteneciera. No aman al Hijo del Propietario por quien fue hecho el universo, que fue el agente de su creación, y es el sustentador de su estabilidad actual, su redentor y restaurador (Colosenses 1:16-20). Mientras guarde las distancias, al mundo no le importa. Hasta puede incluso practicar una cierta religión. Pero, si se acerca, si insiste en sus derechos de propietario y exige lo que se le debe, entonces comienza la resistencia. Las personas denuncian sus demandas como absolutismo. Luchan por su independencia. Pue-



den, como el pseudocristiano apóstol Judas, hablar mucho de su preocupación por los pobres (Juan 13:4-6); pero, como él, en seguida negarán a Dios y a Cristo con el fin de ganar algo o de ocupar un lugar en el mundo (1:15-20). Pero vender al Creador de uno por treinta monedas de plata es evidenciar un sistema de valores tremendamente degenerado. Si vendes a tu Creador por cualquier suma de dinero, automáticamente reduces tu valor de forma catastrófica, al ser criatura suya. Y después, como resultado, no te debe sorprender encontrarte confabulando para eliminar a miles de seres humanos, sólo con que parezca apropiado para conseguir tu mejora social y política.

Como dice Dostoievsky, «si Dios no existe, entonces todo está permitido». La idea propugnada por el ateísmo de que se puede eliminar a Dios de la moralidad y basar la ética simplemente en el valor inherente del hombre es un fraude. Es como dejar sin fondos la cuenta bancaria y seguir esperando que la gente pueda seguir cobrando los cheques. Ése no es remedio para el caótico sistema de valores del hombre; en realidad es la causa de una trágica devaluación del hombre.

Si es así, por tanto, como diagnosticaban los primeros cristianos el pecado fundamental de la humanidad, es de interés más que histórico el fijarse en el relato de Lucas acerca de la sorprendente oferta de misericordia, perdón y reconciliación que Pedro, con la autorización de Dios, hizo a los mismos asesinos de su Hijo. En primer lugar está la oferta del *«perdón de los pecados»* (2:38). Notemos el plural de *«pecados»* y el pronombre en lo que se dice previamente *«cada uno de vosotros»* (2:38): El perdón es no sólo del pecado concreto de haber crucificado a Cristo, sino de todos los pecados. La limpieza de corazón limpia la culpa de toda transgresión. Y además está la oferta del don del Espíritu Santo, que establecería una relación personal y viva entre Dios y cada creyente, la posibilidad de compartir la misma vida de Dios.

Si es así, por tanto, como definió Pedro la salvación, ¿cuáles eran los términos y las condiciones para recibirlo? Pues muy sencillos. La clave exigida era: ¡arrepentirse!



Pero entonces, ¿qué significaba arrepentirse en esa situación? Primero, deberíamos advertir el flujo del pensamiento que procede del final de la profecía de Joel, y que cita Pedro al comienzo de su sermón (2:21), hasta el clímax con el que concluye (2:36). Joel había anunciado que llegaría un día en que sus oyentes tendrían que enfrentarse a la ira de Dios a causa de sus pecados. Para salvarse de esa ira tenían que invocar el nombre del Señor.

Para la multitud de Jerusalén, por tanto, arrepentirse significaba, en primer lugar, dar media vuelta y enfrentarse al hecho de que, a pesar de toda su religiosidad previa, tenían que ser salvos de la ira de Dios. En segundo lugar, significaba enfrentarse al (para ellos) alarmante hecho que había demostrado la resurrección: Dios había hecho a aquel Jesús, a quien ellos habían crucificado, tanto Señor como Cristo (2:36). Si ahora querían ser salvos, difícilmente bastarían las meras promesas de mejorar su comportamiento. Deberían tragarse su orgullo, dar media vuelta, invocar al mismo Jesús a quien habían crucificado, reconocerle como Señor y rogar su misericordia. Es Él quien les daría personalmente el Espíritu Santo y quien establecería su relación con ellos.

En tercer lugar, aunque tenían la seguridad explícita en la Biblia de que si con un arrepentimiento genuino invocaban el nombre del Señor Jesús serían salvos, se les pide que demuestren que su arrepentimiento era genuino. «*Invocar el nombre del Señor*» significaba más que simplemente recitar una fórmula religiosa. Representaba capitular por entero ante Jesús y aceptarle como Señor de todo lo que eran y tenían. También conllevaba una confesión pública de que Él era el Señor, no sólo con palabras, sino con la acción. *Arrepentíos* —dice Pedro—, *y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo* (2:33).

Por supuesto, debemos tener cuidado para no interpretar que este bautismo cristiano de los primeros tiempos tenía el mismo significado que se ha ido desarrollando en siglos posteriores. No hay evidencia en Hechos de que los primeros cristianos consideraran el bautismo como un ritual que proporcionaba el don del Espíritu Santo. De hecho, la evidencia histórica es contraria a esto. Cornelio y sus



amigos, a quienes Lucas presenta más tarde como el ejemplo arquetipo de la conversión de gentiles, recibieron el Espíritu Santo antes de ser bautizados (10:47). Obviamente, por tanto, no dependía del bautismo. Como explicó Pedro más tarde, aquellos gentiles le escucharon predicar que todo el que cree recibe el perdón de los pecados. Ellos creyeron; y Dios, que vio sus corazones, dio testimonio público del hecho de que verdaderamente se habían arrepentido y de que su fe era genuina. Les dio el Espíritu Santo allí y en aquel momento, habiendo sido limpiados sus corazones sólo por la fe. Sólo después fueron bautizados, y sólo sobre la base de que ya habían recibido el Espíritu Santo (10:44-48; 11:15-17; 15:7-9).

Por otro lado, la mera consternación de la multitud de Jerusalén y su ansiedad por la crucifixión de Jesús no demostraban en sí un verdadero arrepentimiento. Unas semanas antes habían negado públicamente ante Pilato que Jesús fuera el Cristo (3:13-14). Si se arrepentían de forma genuina, debían demostrarlo. Debían revertir su veredicto previo, debían confesar que Jesús era el Cristo y hacerlo de forma tan pública como antes le habían negado, siendo bautizados *en el nombre de Jesucristo*. Se habían puesto de forma pública de parte de los asesinos de Jesús, y habían gritado con ellos pidiendo su crucifixión. Ahora debían *ser salvos de esa perversa generación* (2:40). No podían continuar en el lado de los asesinos y pretender haberse arrepentido del asesinato. Debían cambiar de bando; y el bautismo en el nombre de Jesús era una forma de mostrar que lo habían hecho. Si no estaban dispuestos a ello, ¿cómo iban convencer a alguien, y no digamos a Dios, de que su profesión de arrepentimiento era real?

Más aún, su arrepentimiento y su bautismo en el nombre de Jesucristo no eran sólo sucesos aislados que no tenían otros efectos sobre su posterior estilo de vida. Lucas nos dice que después *perseveraron en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones* (2:42). Era la consecuencia natural de su verdadero arrepentimiento. Puesto que ahora habían creído que Dios había hecho a Jesús de Nazaret tanto Señor como Cristo, estaban deseosos de conocer en mayor detalle lo que el Espíritu Santo les



revelaría a través de los apóstoles en cuanto a la relación de Cristo con Dios y con el universo.

Y cuando dice que los primeros cristianos perseveraban en la comunión unos con otros y con los apóstoles, por supuesto no significa simplemente que comenzaron a socializar con ellos. Hace referencia al trabajo conjunto de la vida en común que habían recibido individualmente a través del Espíritu Santo y que les unía a los apóstoles y al Señor ascendido.

Y perseveraban en el partimiento del pan, según nos dice Lucas (y advertimos la sencillez de la descripción con la que se denominaba a esa costumbre en aquel primer período, como corresponde a la verdadera sencillez de la costumbre misma). Antes de morir, Cristo había pedido a los suyos que le recordaran constantemente por medio de tomar pan juntos como símbolo de su cuerpo y beber vino como símbolo de su sangre; no para conseguir perdón, sino en recuerdo de aquel por cuya muerte sacrificial ya habían sido perdonados. Una profunda gratitud, cuando menos, les habría conducido a hacerlo así por amor a Él.

De igual forma, perseveraban en la oración; porque ahora que estaban reconciliados con Dios y en comunión con el Señor ascendido, la oración dejó de ser una mera forma de rutina y se convirtió en una participación activa con el Juez del universo.

Más aún, Lucas se esmera en recordar (2:42-47) que el evangelio y sus implicaciones revolucionaron no sólo su vida espiritual, sino también su actitud hacia las cosas seculares. Incluso transformó su actitud hacia la propiedad privada. Pero seguiremos con ello en el siguiente capítulo.

El enfrentamiento entre diferentes cosmovisiones

CAPÍTULO 4

Como es lógico, los pros y contras de la propiedad privada han atraído la atención de los diversos filósofos de la política y políticos de todos los tiempos, pero quizás sorprenda descubrir la prominencia con la que Lucas se entrega al tema en su primera gran sección de Hechos.

La espectacular explosión de energía espiritual que se inicia el Día de Pentecostés y su creciente impacto forzarían automáticamente a cualquier historiador a hablar del nacimiento del cristianismo. Pero, con un gran sentido de equilibrio, Lucas escoge deliberadamente otorgar un énfasis casi equivalente a la actitud cristiana hacia las cosas materiales y al asunto de la propiedad privada.

Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos, según la necesidad de cada uno (2:44-45).

Bernabé... como tenía una heredad, la vendió y trajo el precio y lo puso a los pies de los apóstoles (4:36-37).



Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común (4:32).

Y, además de todo esto, uno de los milagros de este período que Lucas selecciona para describir en detalle es el resumen del juicio a Ananías y Safira por lo que se consideró una confabulación deliberada en un intento de engañar tanto a los apóstoles como a Dios en cuanto al asunto de la propiedad (5:1-11).

¿Qué vamos a hacer, entonces, con este fenómeno de la comunidad de bienes del cristianismo primitivo? Lo primero que debemos considerar es que era algo totalmente voluntario. Pedro le dijo explícitamente a los mencionados Ananías y Safira que su terreno era propiedad privada suya. No estaban obligados ni por la fe cristiana, ni por la iglesia ni, por supuesto, por el estado, a venderla para darle el dinero a la iglesia ni a nadie. Y después de vender la propiedad aún tenían derecho a decidir cómo invertir el dinero, si es que querían invertirlo de alguna manera. No tenían que entregarlo a los fondos del grupo cristiano. La comunidad de bienes forzosa no forma parte de la fe cristiana; todos conocemos el sufrimiento y los desastres que puede ocasionar semejante clase de presión.

En segundo lugar, no debemos exagerar o malinterpretar lo que dice la versión griega de 4:34. No todo propietario que se convertía vendía inmediatamente todas sus tierras y casas para repartir el dinero. Lo que ocurrió es que los propietarios, de vez en cuando, vendían parte de sus posesiones y utilizaban el dinero para afrontar necesidades concretas que surgían en la comunidad cristiana.

Lo que es importante captar en cuanto a la actitud cristiana primitiva hacia las posesiones materiales era la motivación que había detrás. *Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía* —dice Lucas— (4:32). ¿De quién era entonces? —nos preguntamos—. Y la respuesta es la siguiente: de Cristo. Si vendían sus posesiones y dejaban el dinero a los pies de los apóstoles era porque éstos eran los representantes oficiales de Cristo. Si mantenían sus posesiones y no las repartían, seguían considerando que no eran suyas, sino de Cristo, y se



veían como mayordomos responsables de administrarlas para el bien de la comunidad.

Y ésta es todavía, o debería ser, la verdadera actitud cristiana hacia las posesiones materiales, porque emana de ser conscientes de que Jesucristo no es sólo un profeta o un maestro de moral. Es el Señor y el Dueño de la creación. Al creyente, por tanto, se le enseña que, si Cristo dio su sangre para redimirle de las terribles consecuencias de su insensata rebeldía contra su Creador, entonces ya no es propietario de sí mismo. Ha sido comprado por precio (1 Corintios 6:19; 2 Corintios 5:14-15). Todo lo que es y lo que tiene pertenece a Cristo, y ha de utilizarlo con una mayordomía responsable para los intereses de Cristo, para el bien de su pueblo y de la humanidad en general, para la evangelización del mundo y para llevar a cabo los propósitos de Dios en la tierra.

Pero la cuestión es más profunda. No se puede leer esta primera sección de Hechos sin percibir que, a diferencia de lo que hacen algunas religiones orientales, el cristianismo no considera el mundo material como una ilusión de la que los hombres verdaderamente sabios intentan escapar. A diferencia de la filosofía platónica, no considera el cuerpo como la cárcel del alma ni mantiene que el alma debe intentar apartarse del cuerpo en la medida en que le sea posible. El cristianismo enseña ciertamente que el cuerpo debe ser disciplinado y que hay que controlarlo de forma adecuada (1 Corintios 9:27); pero desaprueba el rechazo sistemático del cuerpo como un medio de salvación y de santidad (Colosenses 2:16-23). Es comprensible, porque la piedra angular del evangelio cristiano es la resurrección corporal de Cristo. Lucas apunta en su introducción de Hechos (1:3) a lo que recoge en mayor detalle al final de su Evangelio (24:36-43). El Señor Resucitado no era un alma o un espíritu incorpóreo. Tenía un cuerpo humano, glorificado pero no obstante real y tangible. Porque el cuerpo humano es una parte integral de la personalidad humana. Dios lo creó así y no se avergüenza de ello.

Más aún, el evangelio, según la primera sección de Hechos, es que a Dios no le preocupa sólo la salvación espiritual de los individuos. Tiene planes para la restauración completa de la creación físi-



ca. Éste, como declara el segundo gran sermón de Pedro, ha sido el mensaje de todos los profetas de Dios (3:21-26). La Biblia no conoce la degradación hinduista del universo material inmerso en un interminable ciclo (de nacimiento, muerte y reencarnación) carente de significado; ni el moderno pesimismo ateo que afirma, obligado por la ciencia atea, que toda la vida y el progreso humano concluirá en un olvido sin sentido. La Biblia afirma que la creación tiene un destino glorioso. La resurrección corporal de Jesús es la primicia de la restauración de todo el universo, y la venida del Espíritu Santo para morar en los cuerpos de los creyentes es la primicia de la gran herencia que vendrá, cuando no sólo los cuerpos físicos, sino también la creación misma serán liberados de sus ataduras a la decadencia e introducidos en la gloriosa libertad de los hijos de Dios (1 Corintios 15:20-25; Romanos 8:18-25).

Por tanto, es apropiado que el segundo milagro importante de esta sección de Hechos sea la sanidad física de un cojo de nacimiento (capítulo 3). Su discapacidad física era un ejemplo vivo del sufrimiento de toda la creación, su sanidad milagrosa es una muestra adelantada de la restauración que tendrá lugar (3:21). Sin duda habrá quien plantee la objeción de que, si hay un Dios y éste dio poder a Pedro para sanar de forma milagrosa a aquel discapacitado en concreto, por qué no ha sanado a todos los enfermos del mundo y por qué continúa sin hacerlo.

Pero existe una razón, como explicó Pedro a la multitud. Habían asesinado al verdadero Autor de la Vida (3:15). Si continuaban rechazándole, lo único que les esperaba era la muerte eterna. Por su misericordia, no obstante, Dios retrasaría el tiempo de la restauración de todas las cosas, por si los dolores de la naturaleza podían conducirles al arrepentimiento (3:19) de manera que, reconciliados con Dios, estuvieran listos para cuando se llevaran a cabo los planes de Dios para la reconstrucción del universo.

Esa lección también es importante para nosotros. Nuestra tierra no es una máquina que se ha creado a sí misma y en cuyo proceso ha fallado algo que, con nuestro creciente conocimiento y desarrollo de la tecnología, arreglaremos con tal de que se consiga un grado



suficiente de buena voluntad y de cooperación internacional. Detrás de nuestra tierra hay un Creador personal y un Salvador personal. Por mucha ingeniería tecnológica, tratamiento médico, ayuda social, estrategia económica, prudencia política y seducción de masas con que se puedan afrontar los problemas de la tierra, éstos no se podrán resolver de forma definitiva ni podremos producir un paraíso, puesto que el mundo continúa reñido con su Creador y rechaza a su Salvador.

Fue esto, por tanto, lo que predicaron los apóstoles cristianos cuando, según Lucas (4:1-22; 5:17-42), estalló la oposición; y ésta vino no de los ateos y humanistas, sino del partido dirigente de Jerusalén: los saduceos. Todos ellos eran religiosos, al menos de forma nominal: algunos eran sacerdotes del templo de Jerusalén de elevado rango. Pero tenían una cosmovisión diametralmente opuesta a la de los cristianos. Como Lucas nos recuerda en otro lugar, los saduceos no creían en la posibilidad de la resurrección ni en la existencia de los ángeles o de los espíritus (23:8). Eso, incidentalmente, da pie a la falacia moderna de que el evangelio cristiano fue inventado en una época precientífica, cuando la gente estaba predispuesta para creer en milagros como la resurrección porque se desconocían las leyes de la naturaleza y de la ciencia. Pero los saduceos no estaban predispuestos para creer. Y si el médico Lucas sí lo estaba, se debía a que había sido convencido por medio de un estudio honesto de la evidencia.

Ahora, Lucas nos dice que los saduceos no podían negar la evidencia que tenían ante sus ojos de la sanidad milagrosa del hombre cojo; pero no estaban dispuestos a permitirse el lujo de cambiar su cosmovisión predeterminada. En esto, por supuesto, se parecían mucho a nosotros hoy. Ninguno de nosotros se introduce en el estudio de la cosmología, la física o la biología con una mentalidad completamente abierta. Todos hemos escogido previamente nuestras cosmovisiones, y son ellas las que determinan nuestra interpretación de la evidencia, y no al revés. Aceptamos la evidencia que encaja en nuestra cosmovisión; la que no, tendemos a dejarla en suspenso. Los cristianos lo hacen: porque la verdad es que comien-



zan desde una cosmovisión basada en Dios. Pero el ateo también lo hace. La cosmovisión cristiana se basa en la fe producida y apoyada por una abundante evidencia. Pero la cosmovisión atea se basa igualmente en la fe, ya que el ateísmo no se puede probar. La cuestión es la siguiente: ¿qué bando cuenta con una mayor evidencia? Ignorar la evidencia del cristianismo no es ciencia, sino oscurantismo.

Pero volvamos a los saduceos. Ellos tenían otras razones, además de su cosmovisión, para rechazar el evangelio cristiano. Eran hombres del mundo. En los últimos siglos habían sido influidos profundamente por el racionalismo y la cultura helénica, y eso, combinado con la satisfacción que les producía ostentar el poder político y religioso del mundo, les inducía a una mentalidad mundana y a un relativo relajamiento en cuestiones religiosas. Tenían riquezas (disfrutaban de las ganancias masivas del templo), tenían poder, se mezclaban con los círculos más elevados (tanto judíos como gentiles), eran instruidos y sofisticados. Les iba bien el mundo tal como estaba. Eran incapaces de ver lo que había de malo en él. Como diría Pablo más tarde, amaban el mundo presente. Era el único mundo en el que verdaderamente creían.

Y allí estaban aquellos apóstoles cristianos llenando las cabezas de las multitudes con profecías y con la esperanza de la llegada de un reino mesiánico, basado todo ello en sus presupuestos acerca de la realidad de la resurrección. Eso representaba una ofensa para su sentido helenista de la racionalidad, un desafío para su estilo de vida, para su cosmovisión y para sus intereses creados. Y, sobre todo, aquellos eran los hombres que, como clase dominante, habían sido los principales responsables de la ejecución de Jesús. No podían permitir que se extendiera la predicación acerca de la resurrección de Jesús, y por ello intentaron suprimirla por la fuerza (5:40).

La consecuencia histórica fue que los cristianos los desafiaron y sufrieron por ello. Después, en el año 70, los paganos romanos llegaron y destruyeron el templo; y, desde entonces, el un vez partido saduceo perseguidor se fue hundiendo gradualmente en el olvido. No debemos pasar por alto la lección que esto supone para nuestra generación.

¿Martirio o fanatismo?

CAPÍTULO 5

Muchos, o quizás todos, de los grandes movimientos de la historia han tenido sus mártires; y muchas de las libertades que hoy disfrutamos y damos por supuestas fueron conseguidas por hombres y mujeres que estuvieron dispuestos a dar sus vidas por los principios en los que se basaban aquellas libertades. ¿Quién no respeta el recuerdo de Sócrates, quien prefirió morir a manos de ignorantes supersticiosos y con intereses creados políticos antes que abandonar su intransigente búsqueda de la verdad y la justicia?

La Iglesia cristiana también cuenta con una larga lista de mártires. Jesucristo mismo fue perseguido hasta la muerte por las autoridades civiles y religiosas, y enseñó a sus seguidores que la persecución por su causa era un gran honor y motivo de gozo. No es sorprendente, por tanto, que Lucas dedique una gran cantidad de espacio en Hechos a Esteban, el primero y quizás el más grande de los mártires cristianos. Se comprende que la Iglesia cristiana haya reverenciado su recuerdo desde entonces.

Pero hay dos cosas que deberíamos tener en mente en cuanto a los mártires. En primer lugar, los verdaderos mártires no son fanáti-



cos. Los fanáticos están tan dispuestos a perseguir a otros, si lo consideran necesario para combatir sus creencias, como a morir por las suyas propias. Los verdaderos mártires no matan a nadie. En segundo lugar, la forma correcta de honrar a los mártires no es erigirles estatuas o pintar cuadros de ellos, sino averiguar la razón por la que perseveraron y apropiárnosla.

Entonces, ¿cuáles fueron los principios por los que Esteban estuvo dispuesto a morir y por qué los que le ejecutaron pensaban que sus ideas eran tan subversivas como para merecer la ejecución?

En pocas palabras, Esteban murió por proclamar que a través de Cristo todas las personas tienen el derecho de un acceso inmediato y directo a Dios sin la necesidad de un intermediario que no sea Cristo, y el derecho a conocer que a través de Cristo pueden aquí y ahora disfrutar de una completa aceptación por parte de Dios.

Dicho así, quizás resulte difícil para nosotros ver por qué alguien podía poner objeciones a lo que Esteban predicaba, y no digamos perseguirle por ello. Pero debemos intentar comprender la situación histórica. Sus oponentes eran los miembros dirigentes de la jerarquía judía de sacerdotes del templo nacional de Jerusalén; y éstos vieron inmediatamente que las ideas cristianas de Esteban harían que el templo, el sacerdocio y los sacrificios fueran innecesarios e irrelevantes y quedarán obsoletos. De ahí su oposición.

Por tanto, evidentemente estaban en juego sus intereses: las ganancias por los sacrificios ofrecidos por la gente del pueblo y por los miles de peregrinos internacionales hacían que el Sumo Sacerdote y sus colegas fueran gente muy rica. Pero no sólo les motivaba el temor a la pérdida financiera. Ellos creían honestamente —y en esto los cristianos estaríamos de acuerdo con ellos— que el templo de Jerusalén, sus sacrificios y el sacerdocio habían sido establecidos por la autoridad de Dios en la ley de Moisés en el Antiguo Testamento. Por tanto, acusaron a Esteban de propagar la idea de que Jesucristo iba a destruir el templo, el sacerdocio y los sacrificios que Dios mismo había instituido. Si eso se demostraba, la acusación acarrearía la pena de muerte por blasfemia.



Ahora, Lucas deja claro desde el principio que Esteban nunca había dicho que Jesucristo destruiría físicamente el templo de Jerusalén. Esa parte de la acusación era falsa (6:11, 13, 14). Pero, en otro sentido, había gran cantidad de verdad en lo que dijeron.

Consideremos las ofrendas por el pecado que se hacían en el templo. Por medio de ellas, el Antiguo Testamento había enseñado a los israelitas que el pecado contra Dios (y todo pecado es en último término contra Dios) acaba con la vida del pecador. Hay que pagar el castigo por el pecado antes de que el pecador pueda ser perdonado justamente. Para conseguir el perdón, el pecador tenía que llevar un animal al templo, confesar sus pecados sobre su cabeza y sacrificarlo. El animal moría sustituyéndole a él; se pagaba el castigo y el pecador era perdonado.

Ahora, Esteban y los demás cristianos estaban de acuerdo con los sacerdotes en que ese sistema había sido establecido por Dios. No obstante, mantenían que evidentemente era algo simbólico. La muerte de los animales no podía de hecho pagar el castigo por el pecado humano, como señala el mismo Antiguo Testamento (Salmo 40:6-7). Argumentaban, sin embargo, que el sistema sólo había pretendido ser un medio temporal para disponer las mentes de la gente para la muerte y el sacrificio de Cristo, el Cordero de Dios que quitaría el pecado del mundo. Esto también lo había anunciado el Antiguo Testamento (Isaías 53:5-12). El viejo sistema, por tanto, era como la tienda de juguete con caramelos de juguete y dinero de juguete que a veces le dan los padres a sus hijos para jugar con ellos y que, cuando crezcan, estén preparados para descubrir que los caramelos reales tienen un precio y que deben pagarlo con dinero real. Por supuesto, cuando llegan a esa etapa, ya no utilizan más el dinero de juguete.

Las implicaciones de esto para el templo de Jerusalén eran, como captó correctamente la jerarquía judía, de gran alcance. Su antiguo sistema de sacrificios no había sido más que una serie de pagarés que reconocían –pero que, en realidad, no podían pagar– una creciente deuda. Ahora la muerte de Cristo había pagado esa deuda acumulada, y el antiguo sistema quedaba abolido.



Pero las implicaciones iban incluso más lejos. Puesto que el sacrificio de Cristo había servido para pagar todo el castigo por todos los pecados de todos aquellos que posteriormente creerían en Él, ya no volvería a ser necesaria ninguna clase de ofrenda por el pecado. Tampoco habría necesidad alguna de que Cristo repitiera continuamente su propio sacrificio como hacían los sacerdotes judíos, que se veían obligados a repetir los suyos (Hebreos 10:11-18).

Pero Esteban y los escritores del Nuevo Testamento eran aún más radicales. Dijeron que no sólo habían quedado obsoletos los sacrificios del templo: el mismo templo se había quedado también anticuado (Hebreos 8:1-13). El mismo Cristo lo había anunciado mientras estuvo en la tierra (Juan 4:19-24). Y cuando se ofreció a sí mismo en la cruz como el sacrificio perfecto por el pecado, los historiadores nos cuentan que ocurrió algo de una gran importancia en el templo mismo.

Como el tabernáculo de Moisés que le antecedió, el templo de Jerusalén estaba dividido por un muro y un velo en dos compartimentos. El compartimento interior se denominaba Lugar Santísimo y era una representación simbólica del cielo y de la presencia de Dios. A la gente del pueblo no se le permitía la entrada en ese Lugar Santísimo. Sólo el Sumo Sacerdote podía entrar, y eso sólo una vez al año en el Día de la Expiación. La razón de esta construcción arquitectónica y visual era, según nos dice la Biblia, imprimir en la mente de las personas que, mientras dependieron de los constantes sacrificios de animales y de las abluciones con agua santa, el acceso a la misma presencia de Dios estaba cerrado para ellos (Hebreos 9:8-10). Pero, cuando Cristo murió en la cruz, Dios mismo rasgó el velo del templo (véase Mateo 27:50-51). Por medio de este acto simbólico indicó que, para todos los que ponían su fe en Cristo, ya había un acceso espiritual sin restricciones a la presencia de Dios en el cielo en la segunda venida de Cristo (Hebreos 10:19-22; Juan 14:1-3). Para Esteban, el simbolismo del velo del templo judío, por tanto, ahora ya había quedado anticuado, y mantenerlo significaba negar la libertad que proclamaba el evangelio.



Pero, para la jerarquía judía, con siglos de tradición a sus espaldas, las opiniones de Esteban debieron sonar completamente heréticas. Su primera tarea, por tanto, fue intentar convencer al consejo de que sus opiniones no eran una blasfemia contra Dios según las directrices por las que se había construido el tabernáculo original. Para demostrar esto, Esteban apeló a la clara lección de la historia del Antiguo Testamento (7:2-53). Aunque el propósito de Dios había sido siempre el mismo, en su instrucción a Israel había habido diversas fases preparatorias para la venida del Mesías. Naturalmente, cada fase reemplazaba y dejaba atrás lo que había pasado antes. Al niño que ha aprendido a contar jugando con bloques no se le pedirá que abandone las leyes de la aritmética, pero sí que abandone los bloques para introducirse en los ordenadores. Rechazar hacerlo sería desastroso.

Así, Dios llamó a Abraham de entre los gentiles y le dijo a él y a su hijo Isaac que permanecieran en la tierra prometida de Canaán (7:2-5; Génesis 26:3). Pero, más tarde, al hijo de Isaac, Jacob, se le dijo que trasladara a toda su tribu de nuevo a los gentiles, a Egipto (7:11-19; Génesis 46:1-4). Después, unos siglos más tarde, Moisés fue enviado para sacarlos de Egipto y llevarlos de nuevo a Canaán (7:20-36). A través de Moisés, Dios ordenó a Israel que le construyera un tabernáculo y ofreciera sacrificios de animales. Pero, de nuevo, tras algunos siglos, Dios indicó en los salmos y en los profetas que los sacrificios de animales, el templo y el sacerdocio aarónico serían sustituidos un día por algo mejor (Salmos 40 y 110; Isaías 66:1-2). No había, por tanto, nada blasfemo en la proclamación de Esteban de que, ahora que Jesús el Mesías había venido, aquellas viejas cosas habían sido en efecto superadas por la promesa de cosas mejores. El verdadero peligro era que, al igual que sus padres antes de rechazar a Moisés, el consejo rechazara al Mesías y todas esas cosas mejores.

Pero los principales sacerdotes judíos, al ser enfrentados con las grandes realidades espirituales del evangelio de Cristo, rehusaron abandonar sus símbolos ya obsoletos y asesinaron a Esteban por decir aquello. Al igual que sus antepasados, rechazaron hacer las



paces con el Dios vivo, y todo lo que les quedó fue un templo, todavía lleno de símbolos, pero abandonado por el Hijo Encarnado de Dios (Mateo 23:37-38). En el año 70, Dios permitió que los paganos romanos lo arrasaran (Mateo 24:2).

Magia y Evangelio

CAPÍTULO 6

En estos últimos años hemos sido testigos de una explosión de interés en la religión, la magia, lo oculto, la astrología y lo paranormal. Los hombres y las mujeres, al encontrarse en un vacío espiritual, buscan, a veces con desesperación, alguna clase de la experiencia espiritual que les ha sido negada por parte de las filosofías materialistas más que dudosas. Y así, precisamente porque esa búsqueda es a veces tan desesperada, existe un verdadero peligro de explotación y de fraude. Por esta razón, la siguiente historia de Lucas es de gran interés, ya que nos muestra cómo diferenciar lo falso de lo verdadero.

Lucas relata un encuentro en Samaria entre un evangelista cristiano, Felipe, y cierto hombre, Simón, a quien Lucas describe como alguien que practicaba la magia. No nos cuenta a qué clase de magia se dedicaba exactamente, pero es obvio que era impresionante, porque los samaritanos estaban asombrados de las proezas de Simón y, simplemente sobre esa base, estaban convencidos de que sus proclamas eran ciertas, por lo que decían: *Éste es el gran poder de Dios.*



Y muchas personas cometen hoy día un error similar. Por el hecho de que los poderes psíquicos y demoníacos sean reales (aunque a menudo van acompañados de mucha superstición y conjuros), suponen sin pensar que son espiritualmente saludables y que se puede contar con ellos para que nos señalen la verdad última acerca de Dios y del universo.

Para complicarlo aún más, Lucas nos cuenta (8:13) que, cuando Simón oyó predicar a Felipe y le vio hacer milagros, profesó creer el evangelio y fue bautizado. Pero más tarde demostró no haberse arrepentido de su antigua magia. De hecho, ni siquiera había comprendido el evangelio. Para él, el cristianismo era simplemente otra forma de magia, y más poderosa, que él deseaba añadir a su repertorio.

Esto también sucede en el mundo moderno. En Méjico, por ejemplo, es bien conocido que muchos indios que han sido bautizados como cristianos continúan, sin arrepentirse, con sus ritos paganos y demoníacos. Y, por desgracia, en diversos períodos de la historia, los misioneros cristianos han asimilado de forma deliberada fiestas paganas, incluyéndolas en el calendario religioso de la cristiandad, con el fin (según ellos) de facilitar las cosas a los paganos que se convierten al cristianismo. Es por eso, por ejemplo, por lo que las costumbres locales que rodean la festividad de todos los santos en algunos países se parecen mucho a las costumbres que se practican en la fiesta de los Espíritus Hambrientos en lugares como Malasia, donde la gente visita los cementerios y honra a los espíritus de sus parientes muertos.

Todo esto plantea la siguiente pregunta: entonces, ¿cuál es la diferencia entre el verdadero cristianismo y la magia, y cómo podemos distinguirlos? Algunos dirán que no hay por qué intentarlo. Argumentan que Jesucristo y sus apóstoles hacían milagros sorprendentes, al igual que Simón y al igual que determinados *gurús* de la actualidad. Por tanto, todo es lo mismo. O defienden, una vez más, que si Jesús dijo ser el Cristo, el Hijo de Dios, y basó su pretensión en sus milagros, ¿por qué no iba a pretender Simón y cualquier *gurú* actual ser la encarnación de algún dios, basándose en la fuerza de sus poderes?



Argumentar así es cometer el error de confundir la realidad con la verdad. El hecho de que los poderes psíquicos sean reales, en el sentido de que realmente existen, no necesariamente significa que sean saludables. Todas las setas son reales, pero algunas son mortalmente venenosas. Más aún, el hecho de que los espíritus sean reales y de que se pueda contactar con ellos no significa que necesariamente digan la verdad acerca de Dios y del universo. En el submundo de la intriga internacional, los espías son muy reales, pero no se puede confiar en que digan la verdad, excepto en la medida en que sea de utilidad para su engaño. De forma similar, la Biblia afirma que no todos los espíritus son leales a Dios. Por eso nos advierte: *no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo* (1 Juan 4:1).

Es en conexión con esto como Lucas nos describe las señales reveladoras que de hecho demostraron que Simón no era un verdadero creyente en Cristo y que la clase de religión que representaba era falsa y demoníaca.

En primer lugar estaba su concepto del Espíritu Santo, fundamentalmente falso. Observando que se daba el Espíritu Santo por (la preposición griega que utiliza Lucas no significa «a través de», sino «acompañando a») la imposición de las manos de los apóstoles, llegó a la conclusión de que los apóstoles habían descubierto cómo controlar al Espíritu Santo y podían impartirlo a todo aquel que desearan. Su conclusión era errónea. Ningún hombre, ni aun siendo apóstol, podía controlar o impartir el Espíritu Santo. Sólo Dios puede hacerlo.

Era natural que Simón pensara así, porque así es como piensan todos los que practican la magia y el espiritismo. Profesan ser capaces de controlar determinados espíritus. Así es como adquieren su fama y su reconocimiento, porque todo el que desee beneficiarse de esos poderes debe apelar a ellos y depender de sus técnicas. Así, Simón, quien sin duda había conseguido mucho dinero por medio de sus representaciones psíquicas, vislumbró la oportunidad de conseguir mucho más y por eso ofreció dinero a los apóstoles para que



le enseñaran esa nueva técnica para controlar e impartir el Espíritu Santo.

Al ofrecer dinero para comprar poder, Simón cometió su segundo error fundamental. Lucas nos explica: *Has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero*. Esto significaba que ni siquiera había comenzado a comprender, muchos menos a aceptar, el evangelio cristiano. El don del Espíritu Santo forma parte de la salvación y, como la salvación misma, se trata de un regalo totalmente gratuito que no se puede comprar con dinero o conseguir por medio de méritos (véase Juan 4:10; Hechos 1:13-14; 2:8-9). Todo el concepto de Simón acerca de Dios y de la salvación estaba equivocado. El espíritu cuyo control se puede comprar con dinero evidentemente no es el Espíritu Santo del Creador Todopoderoso. Y un dios que esté dispuesto a dar su Espíritu Santo sólo a aquellos que se pueden permitir comprar su salvación, obviamente no es el Dios de amor infinito cuyo Espíritu es, en realidad, dado gratuitamente y de forma directa a todos aquellos que se arrepienten y creen.

La tercera cosa que demostró que Simón era un fraude fue su extravagante proclamación de ser el gran poder de Dios. De la misma forma, una panteísta moderna de la Nueva Era como Shirley McLaine no sólo dice estar en conexión con los poderes básicos del universo, sino que afirma «YO SOY EL QUE SOY» (que es una manera en que la Biblia habla del único Dios Todopoderoso), y anima a otros a seguir sus técnicas con la esperanza de que un día sean capaces de decir lo mismo. Esto no es otra cosa que la mentira satánica susurrada al oído humano en el jardín del Edén: *Seréis como Dios*, y que todavía mantiene su fatal fascinación.

Qué diferente es Jesucristo. Ciertamente, Él dijo ser el Hijo de Dios y apoyó esta afirmación haciendo milagros. Pero se dice de Él que, *siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Filipenses 2:6-8). Por supuesto, Jesús es Aquel que, como Lucas pronto nos recordará en su siguiente relato, cumplió la profecía del Antiguo Testamento



que aparece en Isaías, convirtiéndose en el siervo sufriente de Dios: *Como oveja a la muerte fue llevado; y como cordero mudo delante del que lo trasquila..., el Cristo crucificado..., que herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados, por su llaga fuimos nosotros curados* (véase también Isaías 53). Es por convertirse en el Siervo de Dios, humilde, sufriente y redentor, que resucitó de la muerte, y no sólo por hacer milagros, por lo que Jesucristo demostró ser el Hijo único de Dios. Entre Él y los orgullosos «Simones» de este mundo no hay ni punto de comparación.

Entonces, ¿cómo pudieron los samaritanos ser engañados por un hombre como Simón. La respuesta es: Como consecuencia de haber pasado por alto —e incluso de haber rechazado— grandes partes del Antiguo Testamento. Antes de que Israel entrara en Canaán, Dios les había advertido que no erigieran templos por toda la tierra, sino sólo uno; y éste, como indicó posteriormente, debía estar en Jerusalén. La razón dada era que, si ofrecían sacrificios en cualquier parte, caerían víctimas de las supersticiones politeístas de sus vecinos cananeos. Mas los samaritanos del primer siglo aceptaban los cinco primeros libros de la Biblia. Pero, por diversas razones con demasiados detalles y complicaciones como para comentarlas aquí, habían rechazado el resto; y especialmente aquellas partes que señalaban a Jerusalén como el lugar donde debería estar situado el templo de Dios y como la ciudad adonde el Mesías llegaría en algún momento como Rey. En su lugar, hicieron de Samaria el centro de su adoración y, así, cayeron en las redes de la superstición politeísta, tal como se les había advertido en la Palabra de Dios que ocurriría.

Ahora, cuando escucharon a Felipe predicar el evangelio y lo creyeron, Lucas nos dice que se llenaron de gozo. Pero, ¿cómo podían estar seguros de que Felipe era un mensajero genuino de Dios y no un charlatán religioso o un emisario de Satanás? ¿Y cómo podían asegurarse de que su experiencia espiritual era genuina y no sólo otro engaño propagado por alguna secta espúrea? La respuesta es sencilla: para que la gente dejara de ser engañada, Dios mismo había preparado el camino para la llegada del Cristo, prediciendo en el Antiguo Testamento que vendría a la nación judía; que Jerusalén



sería su ciudad capital; que sería rechazado por su pueblo y moriría por los pecados del mundo a las afueras de Jerusalén; y que después se levantaría de la muerte. Y el Salvador de quien predicó Felipe a los samaritanos era precisamente aquel Cristo que cumplía las predicciones del Antiguo Testamento.

Por eso Dios hizo que los samaritanos se sometieran a la imposición de manos por parte de los apóstoles de Jerusalén antes de darles el Espíritu Santo. Este procedimiento era bastante anormal. Las personas normalmente recibían el Espíritu Santo de forma inmediata tras arrepentirse y creer, como vemos en el famoso ejemplo de Hechos 10. Pero los samaritanos eran un caso especial. Por su propio bien y seguridad tenían que comprender y admitir que la única experiencia espiritual genuina de salvación es la que viene por la fe en el evangelio que históricamente fue predicado por los apóstoles cristianos de Jerusalén; por la fe en el Cristo de Dios que *murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras* (1 Corintios 15:3-4), exactamente a las afueras de Jerusalén.

Y, todavía hoy, ésta sigue siendo la marca indispensable del verdadero evangelio y la única base para la verdadera experiencia espiritual.

El verdadero significado de la conversión

CAPÍTULO 7

Es evidente en cada página de la historia de Lucas que el cristianismo primitivo se extendió por medio de hacer convertidos. Pero quizás hoy no sea tan obvio lo que verdaderamente significa el término «conversión»; porque, a lo largo de los siglos, la cuestión se ha transformado en algo muy confuso.

En la Era de las Tinieblas, por ejemplo, los reyes paganos, profesando haberse convertido al cristianismo, a veces obligaban a sus súbditos a someterse al bautismo, puesto que pensaban que simplemente por pasar por este rito la gente se hacía cristiana de forma inmediata, voluntaria o involuntariamente. En épocas posteriores se utilizaron métodos más extremistas. A los judíos que vivían en España, por ejemplo, se les dio a escoger entre convertirse al cristianismo o ser quemados en la hoguera.

Pero esta clase de cosas no es lo que entendía el cristianismo primitivo como conversión. Toda conversión forzada, tanto a una religión como a una ideología política, es, por supuesto, una forma malvada de tiranía. La conversión forzada al cristianismo es, además, una contradicción. Porque el cristia-



nismo insiste en la integridad del juicio moral individual y en la libertad de elección.

Un segundo error que surgió en los tiempos postapostólicos fue que, si una nación o una familia se convertía al cristianismo, sus descendientes no necesitaban convertirse: automáticamente eran cristianos, y permanecían siéndolo a menos que de forma personal optaran por lo contrario. Un tercer motivo de confusión, mucho más generalizado hoy, es que todas las personas en todas partes creen que, por ser criaturas de Dios, también son hijos de Dios y no necesitan conversión. Pero Cristo mismo diferenció claramente entre el nacimiento físico (por el cual todos somos criaturas de Dios) y el nuevo nacimiento espiritual (por el cual nos convertimos en hijos de Dios). No tenemos elección en cuanto a nuestro nacimiento físico; pero, según Cristo, nuestro nuevo nacimiento espiritual sólo es posible por medio de un arrepentimiento consciente y personal, y de aceptarle como Salvador y Señor (1 Juan 1:12-13; 3:1-16).

A este respecto, el relato de Lucas es particularmente atractivo. No sólo nos cuenta que de tiempo en tiempo se convertían multitud de personas, sino que en 8:4-9:30 relata las conversiones de dos individuos muy diferentes, uno de ellos era un politeísta pagano de Etiopía y el otro un monoteísta judío profundamente religioso. Ambos necesitaban, y ambos experimentaron, la conversión. La detallada película de Lucas a cámara lenta nos permite ver las etapas principales de sus nuevos nacimientos espirituales.

El primer elemento en la conversión del politeísta fue el absoluto atractivo de la fe monoteísta de Israel. El Dios de Israel era el Creador y sustentador del universo; muchos dioses del paganismo eran poco más que personificaciones y deificaciones de las fuerzas y los procesos del universo totalmente ciegos. El Dios de Israel trascendía la materia y las fuerzas del universo; y el hombre, hecho a su imagen, era asimismo superior a ellas en importancia. En el paganismo, los hombres mortales eran poco más que esclavos, por no decir juguetes, de los dioses (destinados a ser desechados cuando los dioses perdieran su interés en ellos, o abandonados a una suerte a la que ni siquiera los dioses podían oponer resistencia). Se comprende



que el etíope estuviera cansado de esas cosas tan absurdas; y justo antes de que el evangelista cristiano Felipe se encontrara con él, había subido a Jerusalén a buscar y adorar a Dios en el templo judío.

Ahora, al dejar el politeísmo (y lo mismo en el caso del ateísmo), un primer paso necesario para la conversión es, obviamente, creer en la existencia del Único Dios Verdadero. Pero ésa no es la historia completa, ya que por sí sola deja sin responder la siguiente cuestión de vital importancia: ¿Cómo puede uno acercarse a Dios y encontrar una relación personal satisfactoria y correcta con Él?

El siguiente elemento, por tanto, en la conversión del etíope fue su búsqueda personal de Dios a través de la lectura de la Biblia. En Jerusalén, aparentemente, había obtenido un copia de la profecía de Isaías que aparece en el Antiguo Testamento y que hablaba de forma elocuente del plan de Dios para la redención, no sólo de Israel, sino de toda la humanidad. Esa redención, como predijo Isaías, se conseguiría por medio de una gran figura mesiánica denominada el Siervo del Señor, a quien Dios enviaría al mundo. Él reinaría como rey universal, destruiría el mal, acabaría con la guerra, establecería la justicia y la paz mundiales, traería salvación a Israel y a las naciones y, finalmente, restauraría toda la creación.

Esta esperanza, garantizada por el amor, la racionalidad y el poder del Creador, no existe en el paganismo. Pero, ¡aún más sorprendente era la predicción de que esta figura mesiánica sufriría rechazo, tortura y muerte como medio para conseguir la redención prometida! ¿Qué significaría aquello?

Cuando Felipe se encontró con él, el etíope había llegado al pasaje concreto de Isaías que predecía los sufrimientos inocentes y sin ánimo de venganza del Mesías: *Como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado... fue cortado de la tierra* (Isaías 53:7-8). Felipe podía explicarle al etíope no sólo que estas profecías se referían a Jesús, sino que ya las había cumplido y que su resurrección de la muerte había demostrado que Jesús, el inocente siervo sufriendo, era en efecto el Rey-Mesías prometido, el Hijo de Dios y el Redentor.



Millones de personas han sentido el poder de esta historia de Jesús, el Rey divino que sufrió inocentemente y sin represalias; quien incluso oró por aquellos que le crucificaron. ¿Pero qué significa esto exactamente para nosotros y para todo el mundo? ¿Quiere decir que sólo con que cada persona del mundo siguiera el ejemplo de Cristo y aceptara sin represalias el sufrimiento que es consecuencia de sus propios pecados y de los de otras personas, entonces, por aceptar este sufrimiento, todo el mundo podría ser redimido?

Verdaderamente es cierto que una vez que las personas se convierten en discípulos de Cristo son llamadas a seguir su ejemplo y, en las diversas situaciones de la vida, a sufrir sin tomar represalias (1 Pedro 2:21-24). Pero debemos enfrentarnos a las realidades de este mundo caído.

Los 2000 años que han transcurrido desde la muerte y la resurrección de Cristo han mostrado, por desgracia, que es algo totalmente irrealista esperar que el mal, si no hay represalias, se esfumará como un huracán y se convertirá en agua pasada. Ni, por supuesto, pueden los sufrimientos no vengativos del inocente en el presente o en el futuro reparar las injusticias del pasado. La Biblia nos dice claramente que esto sólo puede hacerlo la Segunda Venida de Cristo en poder para ejecutar los juicios de Dios sobre el mundo malvado y para establecer su propio reino universal. La realidad de la situación es que, hasta que los hombres y las mujeres se conviertan, no tendrán ni el poder ni la disposición necesaria para seguir el ejemplo de los sufrimientos de Cristo.

Entonces, ¿cómo se relaciona este sufrimiento con la conversión? Para averiguarlo debemos continuar con la exposición que Felipe hace del evangelio. Comenzando con los versículos que hablan de los sufrimientos sin represalias de Cristo (porque hasta ahí había llegado el etíope con su lectura), Felipe continuó exponiendo el resto de versículos de la profecía. Éstos hablaban de aquellos profundos sufrimientos sustitutorios de Cristo, por medio de los cuales los hombres y las mujeres pueden ser reconciliados con su Creador de forma personal. Según Isaías, no es siguiendo el ejemplo de Cristo y sufriendo ellos mismos como obtenemos el perdón, la paz con



Dios y la vida eterna. *El castigo de nuestra paz fue sobre él [no sobre nosotros, según el profeta], y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros... Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado;* y la metáfora que utilizó el sistema sacrificial simbólico del antiguo Israel no deja lugar a dudas. Cuando un israelita de entonces llevaba un animal inocente como ofrenda por el pecado, el animal moría no como un ejemplo de cómo debía sufrir a su vez el pecador por sus propios pecados y así encontrar el perdón; moría como sustituto en lugar del pecador, de manera que éste ya no tenía que sufrir el castigo que merecía el pecado y morir.

La doctrina de la reconciliación con Dios a través de los sufrimientos sustitutorios de Cristo no siempre ha tenido atractivo para todo el mundo, no todos lo consideran buenas nuevas. Es difícil para nuestro orgullo aceptar que somos pecadores que necesitamos salvación. Pero si podemos ganarnos, o contribuir a, nuestra salvación por medio del sufrimiento por nuestros pecados y por los pecados de los demás, recuperamos parte de nuestro orgullo. Puesto que el orgullo humano y la independencia de Dios son la raíz del problema, no se puede alcanzar el paraíso hasta que sea erradicado. Cuando llegamos a ver y a aceptar que no somos nada, cuando nos reconocemos en quiebra espiritual y nos damos cuenta de que sólo podemos ser perdonados por la gracia de Dios a través de los sufrimientos sustitutorios de su Hijo, entonces es cortada la raíz de nuestro orgullo y se transforma nuestra relación con Dios. Eso es lo que le ocurrió al etíope: se convirtió de esta forma, fue bautizado y siguió su camino lleno de gozo.

En el mismo capítulo de Isaías que condujo a la conversión del etíope, el profeta había anunciado que por su conocimiento justificaría su siervo justo —el Mesías— a muchos (53:11); y el segundo caso concreto de conversión que Lucas recoge aquí es el de Saulo de Tarso, el hombre que posteriormente, ya cómo apóstol Pablo, escribiría tan ampliamente acerca de la doctrina cristiana fundamental de la *justificación por la fe*. Él aprendió el significado de la justificación y su necesidad no sólo en la Biblia, sino a través de su propia expe-



riencia personal. Toda su vida había sido un monoteísta estricto y un hombre profundamente religioso, que había intentado con honestidad (y él pensaba que con éxito) guardar la ley religiosa y moral de Dios. Por supuesto, fue su celo por Dios lo que le llevó a perseguir a los cristianos por lo que consideraba su blasfemia de que Jesús era igual a Dios.

Pero cuando el Señor resucitado se le apareció en el camino de Jerusalén a Damasco, produjo tres revoluciones radicales en su pensamiento y comportamiento. En primer lugar se dio cuenta de que, a pesar de su monoteísmo estricto —siempre había creído en la existencia de un Dios verdadero—, en el único sentido que realmente importaba no era en absoluto creyente en Dios, ¡y nunca lo había sido! Ahora sabía que Jesús, a quien había estado persiguiendo, era Dios encarnado; así que sus propias acciones habían demostrado no sólo que no era creyente, sino que era enemigo de Dios.

En segundo lugar descubrió que todo su esfuerzo por guardar la ley de Dios había sido en vano. ¡Le había conducido a asesinar al Hijo de Dios! Estaba tan perdido como cualquier politeísta pagano. Ahora veía con absoluta claridad que, para poder ser justificado y aceptado por Dios, tendría que ser sólo sobre la base de la fe; y la fe significa, como expresa más tarde, ser *justificados gratuitamente por su gracia... Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley... Mas al que no obra, sino que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia* (Romanos 3:24-4:5).

En tercer lugar, su conversión tuvo un resultado trascendental. Antes de ella, cuando creía que la salvación dependía de su mérito, estaba centrado en sí mismo, era un fanático perseguidor a quien no le importaba en absoluto la salvación del mundo exterior al judaísmo. Pero, cuando descubrió que la salvación sólo era por fe, nunca volvió a perseguir a nadie. Al contrario, se convirtió en el más grande de todos los antiguos misioneros cristianos. No es una exageración decir que, a través de su exposición oral y escrita de la doctrina de la justificación por la fe, millones de personas en todo el mundo hasta el presente día han encontrado la libertad espiritual y la paz con Dios.

El verdadero internacionalismo

CAPÍTULO 8

El racismo es seguramente uno de los peores males que han afligido a la humanidad. Quizás exista un orgullo racial instintivo en cada uno de nosotros, incluso aunque no se manifieste en una discriminación contra las minorías, o en una persecución positiva, o en la denominada limpieza étnica. Pero, en momentos anteriores del siglo, el racismo, formalizado deliberadamente como un riguroso sistema de pensamiento político, sumergió a Europa y Asia en una terrible conflagración.

El primer paso se dio en el siglo XIX con pensadores como el francés de Gobineau, que afirmaba que de las tres razas principales del mundo, sólo la blanca era verdaderamente noble; y que, entre los blancos, la supremacía la ostentaba la raza aria.

Después vino James Hunt, el fundador de la Sociedad Antropológica de Londres. Pensaba que los aspectos morales e intelectuales de una persona eran cualidades raciales, al igual que el tamaño y la forma del cráneo; que todas las cualidades raciales eran innatas e invariables y que, no obstante, creer en la «igualdad de toda la humanidad» era un prejuicio no científico que había que abandonar.



A esta trama ya peligrosa, otros pensadores como el francés Vacher de Lapouge y el alemán Otto Ammon añadieron el veneno mortal del darwinismo social. Proclamaron que era una ley de la naturaleza que, en la lucha por la vida, las razas más cualificadas sobrevivieran y se convirtieran en dominantes, mientras que otras más débiles fueran sometidas o eliminadas. Para ellos era totalmente evidente que la raza aria era la mejor preparada en cualquier caso y había sido predestinada por las irresistibles leyes deterministas del universo para tener la supremacía sobre todas las demás.

El resultado de esas teorías fue, como señala el Profesor Z. Sternhill, una devaluación inmediata y catastrófica de los seres humanos en general. Puesto que ya no se creía que la vida humana había sido creada a imagen de Dios, no se consideraba sagrada. Se podía eliminar a millones de personas sin lugar a réplica. Las leyes de la naturaleza dictaminaban que sólo sobrevivieran los más adaptados.

Finalmente llegaron teóricos como el notable inglés germanizado H. S. Chamberlain. Éste predicó que la raza judía era malvada y suponía una amenaza para la sociedad mundial, y que los alemanes eran el pueblo escogido destinado por la naturaleza a acabar con aquella amenaza. Esas ideas intoxicaron y trastornaron a Hitler, con los resultados que conocemos demasiado bien.

Ahora, el antisemitismo no es el único mal a que ha dado lugar el racismo; pero ha sido, por desgracia, una mancha demasiado frecuente en la historia de la cristiandad. Es cierto que, desde sus comienzos, como nos muestra la historia de Lucas, el cristianismo fue obligado a separarse del judaísmo en bastantes cuestiones fundamentales y, en concreto, en cuanto a asuntos que tenían que ver con la raza. En el judaísmo, la raza era de vital importancia; el cristianismo la consideraba irrelevante. Para comprender esta diferencia, no obstante, debemos intentar primero ver por qué la cuestión de la raza era (y es) tan importante para los judíos, y después debemos permitir que Lucas nos muestre por qué y en qué sentido el evangelio cristiano proclama que en Cristo *ya no hay judío ni griego... porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús* (Gálatas 3:28).



Entre las naciones del mundo antiguo, la nación de Israel (sólo fueron denominados judíos más adelante en la historia) surgió relativamente tarde. Pero, desde el principio, esta nación proclamó, según el Antiguo Testamento, ser una raza especial destinada no por las fuerzas automáticas o deterministas del darvinismo social, sino por el Creador mismo, a ostentar un papel único en la historia. Esto es fácil de creer, puesto que a lo largo de muchos siglos Israel fue, en un sentido, literalmente único. Todas las otras naciones, por muy brillantes en las artes de la civilización, administración e ingeniería que fueran, estaban hundidas en la degradación absurda del politeísmo, adorando a fuerzas de la naturaleza deificadas, al dios sol, a la diosa luna, al dios de la fertilidad, etcétera. En cambio, Israel —y no sólo unos cuantos pensadores del pueblo, sino la nación entera— se mantuvo en solitario siendo diferente en su testimonio acerca del Único Dios Verdadero, que trasciende el universo y todas sus fuerzas, pero Creador y Sustentador de todo.

Es comprensible, por tanto, que Israel considerara su monoteísmo superior al animismo y politeísmo de las demás naciones; pero su doctrina monoteísta, a diferencia de la teoría de la superioridad de la raza aria, no implicaba que los israelitas fueran una raza superior. Todo lo contrario, la doctrina de la creación que aparece en el Antiguo Testamento de Israel enseña que todos los hombres de todas partes y de cualquier raza son criaturas de Dios, hechos a su imagen. En ese aspecto todos son iguales, y cada individuo de cada raza, incluso de las más débiles y no sólo de las mejor adaptadas, es igualmente valioso e importante. Toda la vida humana es sagrada.

Más aún, el Antiguo Testamento afirma en repetidas ocasiones que la llamada de Dios a Israel para llevar a cabo su papel único en la historia no se le otorgó en primer lugar para su propio bien, sino para que, a través de Israel, todas las otras naciones de la tierra fueran bendecidas. Llegaría el día en que, a través de Israel, Dios enviaría al Mesías judío para ser el Salvador del mundo; y, cuando llegara ese día, millones de gentiles encontrarían la salvación a través de Él.

Entretanto, para el judío era totalmente importante ser miembro de esa raza única con su misión especial. Por supuesto, si los gentiles



se convertían del paganismo a la fe en Dios podían ser adoptados, por así decirlo, en la raza judía. Pero, para que eso ocurriera, los hombres tenían que someterse al rito judío de la circuncisión, la marca de los descendientes espirituales —si no físicos— de Abraham, el antepasado de la raza judía; y tanto los hombres como las mujeres tenían que someterse a las leyes alimentarias y de pureza judías, que restringían el intercambio social con otros gentiles haciéndolo difícil, por no decir imposible. Algunos se sometían, como Helena, la reina de Adiabane, y su hijo Izates. Pero muchos otros se ofendían, porque parecía una forma de racismo religioso intolerante que afirmaba que los judíos eran inherentemente mejores que todas las demás razas.

Por supuesto que no era así. Los padres que prohíben a sus hijas adolescentes que vayan a fiestas donde algunos toman drogas no están diciendo que sus hijas sean inherentemente mejores que otras adolescentes. Admiten que son tan débiles como el resto y que, si no las protegieran de mezclarse con drogadictos, podrían sucumbir a la presión. Lo mismo pasaba con Dios e Israel. El mundo gentil que les rodeaba estaba repleto de toda clase de perversión sexual, infanticidio, fraude, opresión comercial, social y política, crueldad y asesinato. Y Dios, por tanto, estableció las leyes alimentarias y de pureza para crear un muro defensivo alrededor de los judíos y así proteger el reducto interior de los valores sociales y religiosos del judaísmo. La queja constante de los profetas del Antiguo Testamento es que, cuando Israel dejaba de observar aquellas leyes, caía en las prácticas gentiles decadentes y en el desastre moral y espiritual.

Por tanto, no fue un asunto insignificante el que, como dice Lucas, los primeros cristianos, que eran judíos, abandonaran aquellos muros defensivos, aquellas reglas y regulaciones. No abandonaron, por supuesto, el monoteísmo o los niveles morales de la ley de Israel. Pero abandonaron la preocupación de Israel por los privilegios especiales de su raza. Derribaron las barreras entre judíos y gentiles y declararon que, a través de Cristo, Dios estaba haciendo algo nuevo en el mundo. Estaba reconciliando tanto a los judíos como a los gentiles, primero consigo mismo y después entre ellos a través de un



único y mismo Cristo. Estaba creando un «nuevo hombre», una comunidad que abarcaría a todo el mundo, en la cual la raza sería algo irrelevante y reinaría el amor mutuo en vez de la hostilidad.

Las implicaciones mundiales de ese cambio fueron decisivas; y Lucas no tarda en reconocerlas. De hecho dedica toda una sección de su historia a describir el incidente que demostró ser el catalizador del cambio (Hechos 10:1-11, 20).

Lo primero que había que suprimir eran las leyes alimentarias y las regulaciones rituales de pureza que frenaban la comunión social entre los judíos y gentiles. Cristo mismo había señalado que los lavamientos rituales externos eran, después de todo, sólo símbolos. No podían afectar o limpiar la corrupción del corazón humano; pero pueden, y a menudo lo hacen, convertirse en un sustituto moral y cegar los ojos de una persona a su verdadera suciedad moral y espiritual. Pero Cristo, con autoridad divina, abolió las leyes alimentarias y de pureza (Marcos 7:1-23). Y cuando el apóstol Pedro fue invitado por un devoto centurión romano a visitarle en su casa para explicar el evangelio cristiano, Dios intervino con una clara lección práctica para confirmar a Pedro de forma directa que ahora tenía libertad para ir y comer con los gentiles.

Después Dios enseñó a Pedro otra lección más fundamental. Muchos judíos habían caído en la trampa de pensar que, a pesar de sus pecados personales y nacionales, su papel privilegiado implicaba que eran, por definición, mejores que los gentiles; y que, por muy nobles y honrados que fueran éstos, no obstante, al ser gentiles eran, por definición, sucios e impíos. Pedro tuvo que aprender que no existe semejante división de los seres humanos en unos de primera clase y otros de segunda: a nadie, por motivo de su raza, se le puede considerar común o impío (10:28).

Por tanto, estas dos lecciones ya habían preparado al judío Pedro y a sus amigos judíos para ir y ponerse al lado de los gentiles en el estrado de su común humanidad. Pero fue el evangelio de Jesús, el Hijo de Dios crucificado y resucitado, el que unió los corazones de judíos y gentiles. Al pie de la cruz de Cristo, los judíos y gentiles descubren su común culpa. Esa cruz declara que, hayamos peca-



do mucho o poco, no existe diferencia entre nosotros en este aspecto, *por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios*. Podemos ser justificados, pero sólo a través de la gracia inmerecida de Dios, que está a nuestro alcance a través de Cristo, y de la redención conseguida por medio de su sacrificio por el pecado. La cruz de Cristo, por la salvación que nos ofrece, proclama que todos estamos en bancarrota moral sin base para presumir de estar por encima de los demás (Romanos 3:21-31). Es a través de la resurrección de Cristo como los judíos y gentiles descubren también quién será su común Juez (Hechos 10:42) y su común necesidad de salvación. Y es a través de la resurrección de Cristo como los judíos y gentiles pueden recibir perdón de los pecados exactamente en los mismos términos, es decir, por medio de la fe sencilla y personal en el Señor Jesús resucitado (10:43).

Había más. Cuando Cornelio y sus amigos gentiles pusieron su fe en Jesús, Dios les dio su Espíritu Santo de la misma forma que se lo había dado anteriormente a Pedro y a sus compañeros creyentes judíos (11:15-18). Para sorpresa suya y más tarde para gran alegría suya, aquellos judíos y gentiles descubrieron que compartían una vida común, nada menos que la vida del Espíritu Santo morando dentro de ellos, que automáticamente los constituía en una unidad espiritual, un cuerpo en el Señor. Esto significó para ellos el fin inmediato del racismo, el amanecer del verdadero internacionalismo.

Todavía hoy, ésta es la base y éste es el poder de esa unidad mundial que une a todos los verdaderos creyentes en Cristo independientemente de su raza. Y es este mismo poder producido por el Espíritu Santo en nosotros, más que un sistema de leyes alimentarias, ritos, segregación social y ritual, lo que capacita a los verdaderos creyentes para resistir las presiones de un mundo pecador y vivir una vida de santidad genuina y creciente.

Siendo realistas, sin embargo, en este glorioso apartado de la historia de los Hechos, Lucas concluye con una nota sombría. Las autoridades ortodoxas del judaísmo de Jerusalén quedaron consternadas ante el camino por el que se estaban adentrando los cristianos al acabar con los privilegios de los judíos y unirse a los gentiles sin



requerir que éstos se hicieran judíos. Entonces, dichas autoridades se confabularon con Herodes para que éste utilizara su poder político y proscribiera y persiguiera a los líderes y predicadores cristianos (12:23). En cuanto a esto, por cierto, no hay base para que los cristianos se sientan superiores a aquellos antiguos judíos. De vez en cuando en el transcurso de los siglos, el cristianismo decadente ha utilizado las mismas tácticas contra aquellos a quienes ha considerado sus enemigos. La mejor reacción sería, en primer lugar, aprender de Lucas lo que es el verdadero cristianismo, para después abrazarlo renunciando a toda clase de racismo y a todo intento de discriminación política por motivos religiosos.

La lucha contra la opresión religiosa

CAPÍTULO 6

Una de las características más terribles de la historia de nuestro mundo sufriente seguramente es la miseria y la opresión causadas por la religión. A menudo, los ateos señalan con razón que, como dijo el antiguo poeta romano Lucrecio, «una y otra vez la religión ha originado actos pecaminosos e impíos» (*De Rerum Natura*, Libro 1, II. 82-3). La barbarie concreta citada por Lucrecio era el sacrificio por parte de Agamenón de su hija virgen Ifigenia, en el altar de la diosa pagana Artemisa, para poder obtener el favor de la diosa. Pero las supersticiones paganas no han sido las únicas culpables ni las peores. La cristiandad cuenta también con su vergonzoso registro: cruzadas por parte de las denominadas naciones cristianas contra los infieles, miles de personas quemadas y torturadas por ser supuestos herejes, todo ello a pesar de la prohibición del propio Cristo de utilizar la espada o la violencia para extender o proteger su reino. En Inglaterra, en diversos momentos, monarcas que profesaban ser cristianos quemaron a personas en la hoguera por poseer y leer las palabras de Cristo en la Biblia.



Por supuesto, la misma Biblia denuncia esta clase de cosas más que cualquier ateo. Cristo mismo se lamentó por la larga historia de persecución de profetas de su propia nación judía, arrojó del templo a aquellos que explotaban la religión con el propósito de ganar dinero oprimiendo a los pobres, denunció a ciertos profesionales religiosos (los fariseos) que por fuera parecían ser santos mientras que por dentro estaban corrompidos moralmente, y posteriormente, con gran imparcialidad, advirtió a sus discípulos que, de vez en cuando, se levantarían dentro de su propio reino e Iglesia hombres con gran poder que utilizarían la violencia con sus siervos y vivirían vidas inmorales y autoindulgentes (Evangelio de Lucas 12:45-46). La verdad es que la religión, en manos de hombres que nunca han experimentado una regeneración personal, a menudo puede fomentar las peores características de la naturaleza caída; aunque, para ser justos, la ideología política, cuando ha adoptado una fe quasireligiosa, también ha ocasionado horribles ejemplos de características similares.

Aunque todos estos escándalos son muy serios, no obstante, son muestras evidentes de corrupción dentro de la verdadera religión. Más peligrosas, porque no son tan evidentemente malas, son las doctrinas y prácticas que parecen respetables desde el punto de vista religioso pero que, si se adoptaran, transformarían el verdadero evangelio de Cristo en una forma de esclavitud espiritual menos espeluznante que las que hemos estado considerando, pero mucho más seria. Por eso, en la sección de Hechos que sigue (12:25-16:3), una de las mayores preocupaciones de Lucas es recoger la reacción de los apóstoles a los intentos primitivos de incorporar esas doctrinas y prácticas en el cristianismo.

Lucas nos dice (15:5) que ciertos «creyentes» (aunque no explica en qué sentido eran creyentes —presumiblemente creían que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios; y que, por supuesto, era bueno)—comenzaron a tergiversar los términos y condiciones de la salvación de tal forma que Pedro declara que su enseñanza ponía *sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar*. Pedro consideraba la imposición de semejante esclavitud espiritual



sobre la gente, cuando el propósito del evangelio es liberar, como *tentar a Dios* (15:10). ¡Qué palabras tan fuertes! Pero están en armonía con el fervor del llamamiento que Pablo hizo a los cristianos de Galacia cuando estaban preocupados por parecidas representaciones equivocadas del evangelio: *Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud* (Gálatas 5:1).

A este respecto, Lucas nos ofrece un resumen de lo que Pablo predicó en la sinagoga judía de Antioquía de Pisidia sobre el tema de la salvación (13:4-31). Pablo dejó claro que lo que Dios estaba ofreciendo a la humanidad a través de Jesucristo era ante todo una salvación que libera a las personas: *Dios levantó a Jesús por salvador a Israel... A vosotros es enviada la palabra de esta salvación... A fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra* (13:23, 26, 47).

¿Pero salvación en qué sentido? Para ilustrar este punto, Pablo les recuerda que su nación ya había experimentado la salvación de Dios de diversas maneras. Cuando se vieron obligados a trabajar como extranjeros sin derechos civiles en los campos de esclavos del antiguo Egipto, la salvación significaba ser liberados de la tirana opresión económica, social y política. También significaba libertad para la autodeterminación como nación y libertad para adorar y servir a Dios de acuerdo con su conciencia. Más tarde, cuando cayeron en la idolatría, la inmoralidad y el vicio de las naciones que les rodeaban y esto les hizo ser dominados por ellas, la salvación significó liberación de las consecuencias esclavizantes de sus propias prácticas pecaminosas y desobediencias contra Dios.

Por tanto, con Jesucristo, el descendiente del prototipo de liberación de Israel, del rey David, la salvación significaba liberación y libertad, ¿pero de qué?

En primer lugar del enemigo universal de la humanidad, la muerte (13:32-37). ¿Porque cuál es el sentido último de la existencia si todas nuestras libertades sociales y políticas, todo nuestro progreso hacia un nuevo orden mundial, lo que hace es que cada individuo, nación y civilización del universo avance hacia la frustración emocional e intelectual de una muerte universal carente de significado?



Por medio de la resurrección de Jesucristo, Dios ha demostrado que el universo no es un sistema cerrado de causa y efecto. Un día será restaurado y liberado de sus ataduras de decadencia y corrupción.

Por lo tanto, estamos ante unas noticias maravillosas; pero mucha gente no lo ve así. El instinto les dice (y la Biblia lo confirma) que, si toda la humanidad va a resucitar, también habrá un Juicio Final. Y así será. La idea de que Dios resucitará a toda la humanidad a una vida eterna gloriosa y, sencillamente, ignorará los pecados e injusticias cometidos en esta vida, es evidentemente un cuento para evitar un sentido moral. Pero es este temor a tener que comparecer un día ante Dios como Juez lo que hace que la religión le parezca a muchas personas opresiva, de manera que prefieren pensar que no habrá resurrección. Pablo lo sabía bien; la congregación de la sinagoga de Antioquía tenía sus propias razones personales, como todos, para temer el juicio después de la muerte; pero, además, sus compatriotas de Jerusalén y los líderes religiosos habían crucificado a Jesús movidos por su animosidad religiosa. Debían pensar que su resurrección tendría implicaciones demasiado terribles.

En este contexto histórico, por tanto, la relevancia del segundo elemento de la salvación se ve aún más claramente. El que Dios hubiera reiterado las demandas de la ley no habría cambiado la hostilidad de sus corazones, la cual había crucificado a su Hijo. Ninguna promesa por parte del pueblo de Dios acerca de intentar guardar la ley de Dios en el futuro les limpiaría de la culpa por su pecado y posibilitaría que Dios los perdonara con justicia. El evangelio es que Dios mismo emprendió la tarea de acabar con este callejón sin salida espiritual. En este punto central de la historia del mundo, Dios aprovechó la ocasión de la hostilidad del hombre contra su Hijo para llevar a cabo lo que habían anunciado los profetas del Antiguo Testamento (13:27-35). En su amor, Dios, en la persona de su Hijo, llevó sobre sí el castigo que merecía el pecado humano y que demandaba su justicia, lo pagó por medio de su propio sufrimiento, haciendo así posible el perdón para todos aquellos que se arrepintieran y creyeran. Y no sólo eso —porque se podría interpretar como un simple perdón por este o aquel pecado concreto o incluso por el



pecado aislado de crucificar a Cristo—, sino que el perdón es *de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados*, que, independientemente de lo que signifique, se supone que es algo a lo que nadie podía llegar, ni siquiera por medio de los esfuerzos más sinceros por guardar la ley de Dios dada a través de Moisés (13:39).

Cuando decimos con nuestras palabras que la acción de alguien es justa, estamos declarando que tenía razón al hacer lo que hizo y que aprobamos su acción. Una vez más, si alguien es acusado de un crimen y en el juicio el jurado le justifica, significa que el tribunal le declara inocente de los cargos que se le imputan. Pero cuando la Biblia dice que Dios justifica a aquellos que creen, claramente no significa que Dios apruebe todo lo que han hecho o que Dios considere la mayor parte de su vida aceptable. Y ciertamente no significa que Dios le considere inocente, porque Dios declara que todos son pecadores culpables.

¿Qué significa la palabra «justificar», entonces, en la Biblia? La famosa afirmación del Nuevo Testamento de que *Dios justifica al impío* (Romanos 4:5), obviamente no significa que Dios considere la impiedad como un comportamiento inocente, ni aceptable en general. ¿Significa entonces, quizás, que hace que el impío sea justo cambiándole y transformándole gradualmente de un pecador en una «buena persona»? ¡No! Ciertamente Dios no hace eso con cada uno de los que creen; en la Biblia, el proceso por el que lo hace se denomina *santificación*, no justificación. Y la diferencia de significado no es una cuestión sin importancia. La santificación es necesariamente un proceso a largo plazo que implica mucho esfuerzo por parte del hombre y a menudo un sufrimiento considerable. Y los niveles de santidad que Dios exige son tales que con todo realismo se nos recuerda que nunca alcanzaremos la perfección en esta vida. Al final de nuestra vida aún mereceremos su veredicto: *Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios* (Romanos 3:23). Entonces, si el que Dios nos acepte dependiera de nuestro progreso en santidad, nadie estaría seguro en esta vida de ser aceptado finalmente por Dios; y nadie que comprendiera el nivel que Dios exige se atrevería a presumir de ello. Y, puesto que para una persona no disfrutar de la aceptación



de Dios es el mayor de todos los desastres, el intento de conseguir esa aceptación por medio del progreso en santidad, seguido de la conciencia constante e inevitable de quedarse cortos, transformaría todo el proceso en una tarea imposible y opresiva, en una clase de esclavitud. Sería como decirle a un adolescente que coge sin permiso el coche nuevo de su padre y se choca con él que debe restaurarlo hasta que quede perfecto, como era originalmente, y que, hasta que no esté totalmente restaurado, no podrá estar seguro del amor incondicional, el perdón y la aceptación de su padre. Para un chico consciente, eso sería cargarle con una tarea imposible para él y que le oprimiría. Un chico menos consciente caería en la rebeldía. Éstas son precisamente las posturas en las que caen muchas personas en su relación con Dios.

Qué diferente sería si el padre asegurara primero al niño que está completamente perdonado y que lo acepta independientemente de su éxito en reparar el coche; esperando que, con la confianza de haber sido ya aceptado, coopere con su padre y continúe haciéndolo cada vez más cuando se vaya haciendo mayor. Eso es exactamente lo que hace Dios por las personas cuando las justifica en el sentido bíblico de la palabra. La justificación no es el proceso a largo plazo de arreglar todo lo que no funciona en nuestra vida. Es la declaración instantánea que hace Dios, en el momento en que una persona se arrepiente y cree, de que la perdona y la acepta ahora y para siempre; de que el que sea aceptada no depende del éxito que tenga en enmendarse. Ya es libre, ahora y para siempre, de cualquier carga que pudiera implicar la santa ley de Dios; pero, con esa confianza, espera en comunión con Dios comenzar el largo proceso de desarrollar una vida santa.

¿Pero cómo puede ser así? —puede decir alguien— ¿Cómo puede Dios declarar que un hombre está libre de cualquier carga que pueda suponer la ley de Dios contra él cuando el hombre mismo, por muy sincero que sea, todavía es un pecador y está lejos de la perfección? El principio según el cual Dios puede hacerlo es enunciado por Pablo en su Epístola a los Romanos (6:7); sólo que, una vez más, debemos tener cuidado al traducir exac-



tamente el griego de Pablo. Lo que dice (traducido literalmente) es: *el hombre que ha muerto ha sido justificado del pecado.*

Pensemos en un país en el que el asesinato sea una falta de capital importancia. Mientras un asesino vive, debe estar bajo la condena de la ley y responder con su castigo. Pero, una vez que éste es ejecutado, ya ha pagado el castigo de la ley, es justificado y sale de la jurisdicción de la ley para siempre. Pero el castigo por nuestro pecado contra Dios era la separación eterna de Dios, es decir, la muerte eterna. No podríamos acabar de pagar el castigo si tuviéramos que hacerlo nosotros mismos. Pero lo que nunca podríamos conseguir lo ha hecho Dios por nosotros en Cristo. Porque, a todos aquellos que ponen su fe en Cristo, Dios está dispuesto a contarles la muerte de Cristo como si se tratara de su propia muerte; y así, para ellos, el castigo de la ley está pagado y, por tanto, pueden ser declarados justos.

¿Pero cómo va a ser justo que una parte inocente, Cristo, sufra el castigo de la ley por los pecados de otras personas? La respuesta es que, en cierto sentido, no es que Cristo muera por los pecados de otras personas. Porque ahora consideremos lo que implica creer en Cristo. No significa simplemente creer que Jesús es el Hijo de Dios. Significa llegar a ser uno con Él. Al igual que el matrimonio hace que un hombre y una mujer sean uno físicamente, la Biblia explica que aquel que pone su fe en Cristo y le recibe llega a ser uno con Él (1 Corintios 6:17). Porque Cristo no es sólo un ser humano más. Es el Dios-Hombre, el gran Hombre Representativo, que incorpora en Él a todo el que confía en Él. Al morir llevó sus pecados y pagó su castigo; resucitado de la muerte, comparte con ellos su vida resucitada. Junto a Él son aceptados por Dios tanto como lo es Él, y se les otorga el estatus permanente de hijos de Dios. Y ahí reside el secreto de por qué esa justificación por la fe no conduce a una forma de vivir irresponsable y negligente. El creyente se encuentra unido con Cristo en una comunión práctica y viva con Él, con nuevas motivaciones y un poder nuevo para conseguir una santidad progresiva.



Pero, por lo visto, es notablemente difícil para algunas personas captar, cuando el evangelio habla de justificación por la fe, lo que significa «fe» en este contexto. Ésa fue, por ejemplo, la dificultad que, según Lucas, estaba en el trasfondo de las disputas en las iglesias primitivas, a las que nos hemos referido anteriormente. Algunos judíos que habían creído que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios, aún pensaban que el rito iniciático de la circuncisión seguido por los que guardaban la ley de Moisés era absolutamente necesario para la salvación (15:1, 5). Y desde entonces mucha gente, pensando que el bautismo es el equivalente cristiano de la circuncisión judía, ha afirmado que el bautismo y el guardar la ley de Dios son condiciones necesarias e indispensables para ser salvos, con el resultado inevitable de que nadie puede saber en esta vida si es aceptado por Dios, puesto que nadie puede saber si ha guardado la ley de Dios lo suficientemente bien para lo que, de hecho, es imposible, es decir, para merecer la salvación. Y así, como declaró Pedro, transformaron el evangelio de libertad en yugo de esclavitud. Lucas, un historiador muy perspicaz, se dio cuenta de lo crucial que era este debate para la supervivencia del evangelio cristiano y recogió con cuidado el veredicto liberador unánime de todos los apóstoles: *Creemos que por la gracia del Señor Jesús [no por la circuncisión ni por guardar la ley] seremos salvos* (15:11).

La inviolabilidad de la personalidad humana

CAPÍTULO 10

En algún momento alrededor del año 49, Pablo, el apóstol cristiano, dio un paso trascendental con enormes consecuencias para todo el mundo occidental. Se cruzó toda Asia y, por vez primera, predicó el evangelio en una ciudad europea. Pero, casi al mismo tiempo, se metió en problemas. Había en la ciudad un grupo de hombres de negocios que poseían, o al menos manejaban, a una médium espiritista. Pablo exorcizó al espíritu, lo que acabó con las ganancias que los negociantes obtenían del público por medio de sus consultas a la médium. Por ello, con el apoyo de la multitud enfurecida, capturaron a Pablo y a su compañero, Silas, y los llevaron ante los magistrados. *Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad, y enseñan costumbres que no nos es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos* —alegaron—. Al encontrarse ante una conmovión civil, los magistrados no esperaron a llevar a cabo una investigación adecuada: les rasgaron las ropas, ordenaron azotarles con varas y los metieron en una cárcel local de alta seguridad (Hechos 16:11-40).



Ahora bien, es obvio que la pérdida de ingresos bastó para que los negociantes se opusieran; pero es difícil explicarse la furia de la multitud, ya que en otras circunstancias no necesariamente les habría preocupado tanto el que los ricos negociantes perdieran parte de sus ingresos. La cuestión es que la llegada de los misioneros cristianos había tocado tres áreas de sus vidas de tal forma que instintivamente sintieron amenazada su identidad personal y su seguridad. Y, puesto que el evangelio todavía puede afectar a las personas de esa manera, merece la pena analizar estas áreas en detalle.

En primer lugar tenemos la cultura nacional. La ciudad de Filipos, aunque estaba situada en Macedonia, era una colonia romana, independiente de la administración provincial circundante, con una organización gubernamental que seguía el modelo de la misma Roma. Sus ciudadanos no sólo eran europeos; también eran ciudadanos de Roma y estaban muy orgullosos de ello. Vestían como romanos y a menudo hablaban en latín más que en griego. Y aquellos misioneros no sólo eran asiáticos: ¡eran judíos! La sola idea de que unos judíos asiáticos pudieran imaginarse que podían enseñar algo a los ciudadanos romanos de Filipos se consideraba un insulto para su superior cultura occidental (lo que, incidentalmente, resulta irónico; porque, hoy en día, en muchos países asiáticos las personas ven el evangelio como una religión occidental y un insulto para su superior cultura asiática).

Pero más aún: en una sociedad cosmopolita internacional como aquella en la que se había convertido el imperio romano, las personas se habían aferrado a su propia cultura nacional como una forma de afirmar su identidad personal individual y de no perderse en un mar de humanidad uniforme y carente de sentido. La gente aún piensa lo mismo hoy. Y allí donde un gobierno totalitario ha suprimido la cultura local, como Franco suprimió durante muchos años el idioma catalán en España, es comprensible que, cuando la represión acaba, la cultura nacional local se reafirme y se tome a mal la intrusión de la cultura ajena.

Más aún, hay que admitir que, en muchas partes del mundo, los predicadores cristianos visitantes a menudo han fracasado en distin-



guir entre las verdades fundamentales del evangelio y los aspectos culturales, la música, la arquitectura, el estilo de presentación, etc., que traen de sus países de origen; y, al hacerlo así, han complicado el evangelio en las mentes de su audiencia foránea, provocando resentimientos innecesarios. Pero Pablo era profundamente consciente de ese peligro. Su propia sensibilidad y su respeto por la cultura de las demás personas se muestra en una carta que escribió con posterioridad a otra ciudad griega: *Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío,... a los que están sujetos a la ley... como sujeto a la ley,... a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo)... a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos* (1 Corintios 9:19-22). Podemos estar seguros, por tanto, de que Pablo no habría atacado o intentado suprimir algo de la cultura de los filipenses que fuera bueno y saludable, ni habría intentado imponerles algo que fuera sólo cultural y procedente de su propio trasfondo judeoasiático.

Eso, de cualquier modo, nos lleva a la segunda área en el que los filipenses se sentían —o decían sentirse— amenazados por el evangelio cristiano. Las leyes del Estado, según ellos, hacía que fuera ilegal para ellos —como romanos que eran— el aceptar o practicar las costumbres judías. Y es comprensible que las personas que viven bajo gobiernos totalitarios severos tengan temor de meterse en problemas con las autoridades. Lo último que desean hacer es ser capturados asistiendo a una reunión religiosa ilegal. Pero, en esta ocasión, sus temores eran infundados. En este período concreto de la historia (a diferencia de lo que ocurriría veinte años después), ni el judaísmo ni el cristianismo estaban prohibidos por el gobierno romano. Y aunque, en teoría, el gobierno romano se reservaba el derecho de prohibir a sus propios ciudadanos la práctica de religiones extranjeras incompatibles con la religión nacional de Roma, en la práctica el gobierno no actuaba así con sus ciudadanos. Por otro lado, lo que era totalmente ilegal —y de esto sí se cuidaba enormemente el gobierno imperial central— era que un magistrado golpeará a un ciudadano romano públicamente y lo enviara a prisión sin pa-



sar por una investigación adecuada. Y Pablo, el misionero cristiano, aunque era judío, también era ciudadano romano, lo mismo que cualquiera en Filipos. Si bien la multitud enfurecida no lo sabía, los magistrados sí deberían haber sido capaces de averiguarlo. Pero esta no sería la última vez que los magistrados y jueces actuarían de forma contraria a su propia constitución y leyes del país para poner entre barrotes a los indeseables cristianos.

No obstante, eso hace que la apelación de los filipenses a la ley resulte bastante poco convincente.

Lo que nos lleva a la tercera, y quizás más importante, razón por la que los filipenses pensaban que el evangelio cristiano suponía una amenaza para su seguridad personal. La acción de Pablo al poner fin a la habilidad de la médium para decir la suerte cortó una fuente de dirección sobrenatural a la que acudían muchas personas de la ciudad que pensaban que era una ayuda indispensable para tener éxito en la vida —y para sobrevivir— en las duras condiciones del mundo antiguo. Y se enfrentaron a Pablo por eso; más aún porque, cuando éste llegó, la mujer con espíritu de adivinación le otorgó una calurosa bienvenida y gran publicidad. Pero Pablo la rechazó y arrojó fuera al espíritu. En aquel momento, eso debió hacer que el cristianismo pareciera una religión extranjera, de corazón duro, puritana y que no mostraba la más mínima simpatía por las necesidades psicológicas de los individuos atrapados en las terribles complejidades de la vida. No es de extrañar que la multitud estuviera furiosa.

Entonces, ¿por qué hizo Pablo esto? Precisamente a causa de su compasión y su respeto por la inviolabilidad sagrada de la personalidad humana. La mujer con espíritu de adivinación había sido invadida y dominada por un poder ajeno. Por la descripción de Lucas como espíritu de adivinación, deducimos que cuando el demonio pronunciaba sus profecías a través de ella, la voz que procedía de ella no era su voz natural, sino un sonido extraño. Eso seguramente impresionaba a los filipenses y les parecía una evidencia de que sus profecías procedían de una fuente sobrenatural. Pero al cristiano Pablo sólo le produjo compasión por la mujer, repulsión por la dis-



torsión de la personalidad humana por parte de un espíritu maligno y una profunda indignación al ver que los negociantes sin principios «se adueñaban» de un ser humano y ganaban dinero a costa de su aflicción. Si eso era parte de la cultura de los filipenses, entonces esa parte era francamente malvada. Intentar defenderla era, por tanto, como encontrarse defendiendo a los capos de la droga y a los traficantes que ganan dinero a base de destruir las mentes de las personas; o como la costumbre india, ahora perseguida, de que, presionada por la cultura que le rodea, una viuda se vea obligada a inmolarse en la pira funeraria de su marido.

Y, además, Pablo hizo lo que hizo también por el bien de los clientes de la médium. El espiritismo en realidad no se preocupa nada por la personalidad humana, sino que tiende a socavarla y, finalmente, a destrozarla. Dice que es capaz de predecir la llegada de peligros y desastres para que las personas puedan intentar, si es posible, evitarlos. Pero todo es en vano; porque cuando ocurre un accidente y viene una enfermedad o la muerte, como ocurrirá antes o después, el espiritismo no sabe nada del amor y la fidelidad de Dios el Creador que capacita al creyente para clamar triunfante: *Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro* (Romanos 8:38-39). Este evangelio lleva a una persona a conocer a Dios como un Padre amoroso, a experimentar su salvación, cuidado y dirección. Desarrolla la confianza en la sabiduría de su providencia pormenorizada incluso más allá de la comprensión; revela las maravillas y la gloria de los grandes propósitos últimos de Dios para su pueblo, y les asegura que hará que todos los detalles que tengan lugar en su vida se unan para trabajar por ese bien último. El espiritismo no hace nada en absoluto por el desarrollo moral de la personalidad humana; mientras que la dirección del Espíritu Santo se preocupa de forma predominante por el desarrollo del carácter moral de la persona y de su creciente santidad.

Por tanto, el espiritismo intenta alterar las condiciones fundamentales que el Creador que nos ama ha establecido para la vida



humana sobre la tierra, y así pervierte los principios fundamentales del desarrollo de una personalidad humana segura y madura. Ofrece visión del futuro en vez de fe presente en la sabiduría, amor y lealtad del Creador. Y sin fe personal en Dios su Creador y Redentor, la personalidad humana finalmente se desintegrará, si no en esta vida en la venidera.

Entonces, puesto que la fe en Dios a través de Cristo es tan absolutamente indispensable, es necesario diferenciar la fe del espiritismo pagano o de la superstición pseudocristiana, de la del ejercicio espiritual genuino que se acerca a lo que el evangelio cristiano quiere decir con «fe». Y éste, en efecto, es el énfasis de una de las últimas historias que Lucas recoge en esta sección de su historia. Después de dejar Europa, Pablo pasó algún tiempo en Éfeso (Hechos 19:1-7). Allí se encontró con doce hombres que eran discípulos del ilustre profeta Juan el Bautista, el precursor de Jesús. Aquellos hombres no eran paganos, por tanto; pero, según confesaron ellos mismos, no habían recibido el Espíritu Santo. ¿Y por qué? Porque, aunque habían aprendido la necesidad de arrepentirse y sin duda se arrepentían constantemente de diversos pecados concretos, no habían aprendido lo que significa creer de forma personal en el Señor Jesús, creer lo que dice, tomarle la palabra y entrar en una relación personal con Él. Enseñados por Pablo, por primera vez en sus vidas creyeron en el Señor Jesús y recibieron el Espíritu Santo. Y para señalar el hecho de que entonces, y sólo entonces, se convirtieron al cristianismo en el verdadero sentido del término, fueron bautizados en el nombre de Jesús.

El Espíritu Santo, por tanto, como ya hemos dicho, acaba con el temor al futuro, el temor al fracaso que nos persigue, el terror a la muerte y a la tumba, o la desolación sin esperanza que produce la pérdida de un ser querido, que son verdaderamente las cosas que hacen que las personas estén en peligro de consultar a médiums espiritistas con su dirección amoral, sus ánimos engañosos y su dominación eventual de la personalidad humana. *Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado*



(Romanos 5:1-11) hasta en lo más profundo de su personalidad, proveyendo así una base segura tanto para la estabilidad presente como para el futuro progreso moral. Y eso, con toda seguridad, no es un insulto para la cultura de la nación.

Cristo entre los filósofos

CAPÍTULO 11

A la predicación del evangelio cristiano que hizo Pablo en Atenas no siguieron disturbios civiles como en otros lugares. Los ciudadanos de la capital intelectual del mundo, los atenienses, como señala Lucas en Hechos 17:16-34, estaban dispuestos a investigar cualquier teoría nueva que les saliera al paso. Y así, después de unos días de predicación general y de discusión en la plaza, Pablo fue invitado por los filósofos estoicos y epicúreos a dirigirse a ellos en el Areópago.

¿Y qué pensaban los filósofos acerca del evangelio cristiano? ¡No se lo planteaban demasiado! —según Lucas—. Antes de la conferencia de Pablo, algunos de ellos ya le habían rechazado criticándole con un típico menosprecio ateniense; y después, aunque algunos estaban interesados en escuchar más, otros se burlaron abiertamente.

Podemos pensar que, en este punto, el relato de Lucas es extraordinariamente honesto; pero ni Lucas ni Pablo ocultaron el hecho de que el evangelio era locura para los griegos, especialmente para los filósofos griegos. En sus escritos, Pablo advierte que *los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo cruci-*



ficado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura (1 Corintios 1:22-23).

Esto no significa, claro está, que el evangelio cristiano no sea racional de la misma manera que no lo es, por ejemplo, el budismo Zen. Pablo pide a sus convertidos: *sed niños en malicia, pero maduros en la forma de pensar* (1 Corintios 14:20). Su crítica a la filosofía humana no era porque ésta se basa en la lógica y no en la fe. Pablo sabía, tan bien como cualquiera, que tanto los filósofos como los científicos tienen que aceptar por fe determinados axiomas, que no se pueden demostrar, antes de poder utilizar la lógica para construir sobre ellos sus sistemas de pensamiento. La crítica de Pablo era que, lógicamente, la filosofía humana era inadecuada para la tarea de llevar a las personas a una vivencia personal, al amor y a la comunión con Dios: *El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría* (1 Corintios 1:21). La verdad de esto es evidente a nuestro alrededor, y el señalarlo no es un insulto a la filosofía o a los filósofos. Por supuesto, lo mismo es cierto también en otras relaciones humanas. En el noviazgo y en el matrimonio, por ejemplo, la lógica filosófica no es normalmente el medio que utiliza el hombre para ganarse la confianza y el amor de la mujer y animarla a convertirse en su esposa.

No es un exceso de lógica lo que evita que la gente entre en una relación personal con Dios, sino algo mucho más parecido a la ingratitud y al orgullo. Toda la humanidad, según la Biblia, conocía originalmente a Dios, pero *no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias* (Romanos 1:18-21). Tener la obligación constante de mostrar gratitud al Creador Todopoderoso significa admitir una total dependencia de Otro; y esto es algo que rechaza mucha gente. Ésta es la fuente de su alienación de Dios; y el pecado resultante complica la dificultad; porque la culpa que produce hace que la gente piense en Dios instintivamente como una amenaza y un enemigo e incrementa su determinación a resistirse a admitir su existencia.

Para penetrar a través de esta barrera de alienación, culpa, temor, enemistad, incomprensión y desconfianza, Dios no presenta una filosofía, sino una persona, y esa Persona es Dios mismo encarnado en Jesucristo. No presenta una teoría acerca de la moralidad, sino un



hecho histórico, la cruz de Cristo, demostrando, de forma más poderosa de lo que pueden hacerlo las palabras, el resultado terrible del pecado del hombre y la alienación de Dios; y revelando de forma simultánea, como no podría hacerlo ningún argumento filosófico, la realidad y sinceridad del amor de Dios por el hombre, en que *siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros* (Romanos 5:5-11). Es por la cruz de Cristo como se alcanza el corazón del hombre, se derriban todas las barreras entre el hombre y Dios, se hace posible el perdón y la reconciliación y se garantiza la esperanza para el futuro.

Ahora bien, algunos de los miembros del Areópago eran epicúreos y otros estoicos. Ambas filosofías eran intentos nobles de darle sentido al universo, a sus mecanismos físicos y al lugar del hombre dentro de él. Ninguna de las dos pretendía ser sólo una teoría académica; ambas ofrecían consejo práctico acerca de lo que se debía pretender como principal meta en la vida y cómo sobrellevar los dolores y tristezas de ésta, los desastres y el mal. Pero, en cuanto a la esperanza para la eliminación del mal del mundo, o la esperanza última para el individuo, ninguna filosofía tenía mucho que ofrecer.

Los epicúreos consideraban el placer como el mayor bien que había que pretender en la vida; no los placeres más grandes, porque éstos conllevaban turbulencia emocional, dolor y resaca, sino placer en el sentido de tranquilidad sin problemas. Por tanto, se retiraban deliberadamente del exceso de participación en las asperezas y dificultades de la vida. Esta filosofía produjo, en efecto, personas que dentro de sus propias comunidades epicúreas eran reconocidas por su amabilidad y lealtad; pero difícilmente era una filosofía para trabajadores ordinarios, amas de casa o personas de negocios. En cuanto a la ciencia, los epicúreos adoptaron la teoría atómica de los primitivos filósofos Leucipo y Demócrito, combinada con la doctrina de una evolución inconsciente, sin propósito y sin creador; y estas teorías les servían a algunos de ellos, como al romano Lucrecio, para conseguir paz en su mente. Esas teorías, demostraban, en su opinión, que ninguna parte del ser humano sobrevive a la muerte y que, por tanto, todo temor a un juicio divino y a un castigo después de la muerte es infundado y hay que abandonarlo. Pero, por supues-



to, no predicaban la otra parte de su «evangelio» epicúreo, es decir, que si éste era verdad, quería decir que millones de personas que en generaciones pasadas habían sufrido y muerto sin conseguir la justicia en esta vida, ya nunca la conseguirían; y millones de personas que sufrían injusticias grandes o pequeñas tampoco tenían una esperanza realista de conseguir justicia alguna. La esperanza de justicia, por tanto, era un enorme espejismo.

Los estoicos eran muy diferentes. Ellos afirmaban que en el centro del universo e impregnando todas sus partes estaba la razón. Ésta era el agente activo de la creación y controlaba todo lo que ocurría. Se referían a esta razón impersonal con muchos nombres: naturaleza, razón, Zeus, Dios; pero este dios estoico no era el Creador trascendente, personal y lleno de amor del que hablaban el judaísmo y el cristianismo; él —o mejor dicho, ello— era parte de la sustancia material del universo al igual que todo lo demás. En otras palabras, los estoicos eran panteístas. Por tanto, no es ninguna sorpresa que, cuando se planteaba la cuestión de la eliminación del mal y de la injusticia del mundo, no ofrecieran una mayor esperanza que los epicúreos. A pesar de que, según ellos, la razón era el corazón del universo, saturaba todas sus partes, y ordenaba y controlaba todos sus acontecimientos, el mundo —tal como— es era por definición el mejor de todos los mundos posibles. Más aún, lo único verdaderamente bueno de la vida era la virtud, definida como vivir y actuar de acuerdo a la razón. Todas las otras cosas aparentemente buenas no importaban. Así, si un hombre sabio veía a dos millones de camboyanos a punto de ser masacrados por los jemeres rojos, sería bueno y virtuoso intentar salvarlos. Pero si a pesar de sus esfuerzos eran masacrados, no lo lamentaba; su esfuerzo por salvarlos era algo racional, por tanto absolutamente bueno; pero los dos millones de vidas no eran un bien absoluto, sino que carecían de importancia. Su propia sabiduría consistía en aceptar, sin lamentarse o protestar, lo que ahora ya era un hecho, y por tanto la obra de la razón universal.

A primera vista, esta enseñanza estoica puede aproximarse a la doctrina cristiana de que *a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan*



a bien, y que por tanto podemos y debemos encontrar consuelo si nos sometemos en todo momento y en toda circunstancia a la voluntad de Dios. En realidad está muy lejos de eso. El cristianismo no enseña que el mundo-tal-como-es resulta ser el mejor de todos los mundos posibles. El «bien» para el que ayudan todas las cosas no es el mundo presente tal como es, sino el «bien» prometido de que, por medio de la redención divina, todos los creyentes serán conformados en cuerpo y carácter al Cristo resucitado y glorificado, y llevados a un mundo donde reina la justicia. El estoicismo no ofrece esa esperanza. De hecho, los primeros estoicos afirmaban que todo el universo, siendo en cada una de sus partes y actuación la expresión de la razón universal, acabaría en su momento entre llamas, y entonces sería renovado para quedar exactamente como era antes. Cada suceso de la historia se repetiría con todos sus detalles. El mal, entonces, se incorporaba para siempre en el sistema. Sólo había una posibilidad de salida: ¡cuando las circunstancias imposibilitaban que un sabio viviera virtuosamente de acuerdo a la razón, se le permitía suicidarse!

No se puede negar que esta filosofía producía muchos personajes nobles, fuertes y con principios; pero al final resultaba ser una filosofía de desesperanza. Y lo mismo es cierto de los equivalentes modernos tanto de los epicúreos (los evolucionistas ateos) como de los estoicos (los panteístas del hinduismo y del movimiento de la Nueva Era). Lo que comenta Pablo sobre el mundo gentil en general es especialmente aplicable a ambos grupos: no sólo están sin Dios (es decir, sin el Dios Verdadero): están sin Cristo. No perciben que Dios tiene un plan trazado para la redención de la creación y la humanidad, y un plan prometido y anunciado en la revelación del Antiguo Testamento acerca de su propósito a través de la nación de Israel, puesto en práctica dentro de la historia por el nacimiento, la vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesucristo, y destinado a ser consumado con la Segunda Venida de Cristo. Y, por tanto, al estar *sin Dios y sin Cristo* están *sin esperanza en el mundo* (Efesios 2:12).

Por supuesto, hay verdades acerca de Dios que los filósofos de aquel tiempo podían percibir (como ocurrió a veces) por medio del



razonamiento. Tanto los estoicos como los epicúreos habrían estado de acuerdo en principio con el énfasis de Pablo en que *el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay... no habita en templos hechos por manos humanas* (Hechos 17:24). Una de las cosas más absurdas del politeísmo antiguo era que el dios supremo, Zeus, tuviera su propio templo especial en Atenas, diferente de los templos de Apolo y de los demás dioses. De igual forma, el poeta griego Arato, que era estoico, escribió —como cita Pablo en el Areópago— que *linaje suyo somos* (Hechos 17:28-29). Daba a entender que era una equivocación representar a Dios por medio de imágenes muertas e impersonales de madera, piedra o metal. Los seres humanos somos personas; no es posible que el Todopoderoso que nos creó sea menos personal que nosotros, aunque ésta es la idea irracional que incluso el ateo moderno se ve obligado a mantener. Y tanto los estoicos como los epicúreos estarían de acuerdo con Pablo en que era evidente que un Creador Todopoderoso que da vida, aliento y todas las cosas a sus criaturas, *no es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo* (17:25); aunque persistió la idea pagana, que incluso penetró en algunas formas de cristianismo, de que podemos comprarle a Dios el perdón y la salvación por medio de nuestros méritos. Si todo el dinero del mundo pertenece a Dios por definición, no tenemos con qué comprarle nada. Al igual que la vida física, la salvación ha de ser un don.

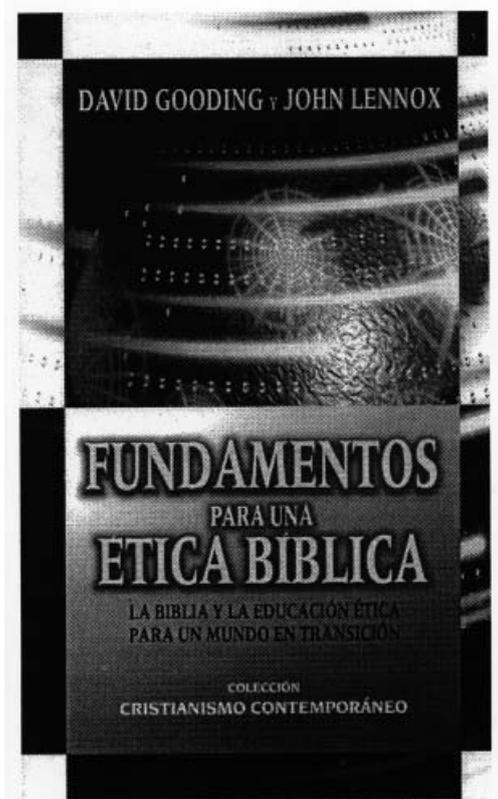
Pero lo que Dios ha hecho en realidad, y hará, para la redención del mundo no se podía deducir por medio de un razonamiento previo a partir de ciertos principios generales. **Se trata de la intervención soberana de Dios en la historia;** y Pablo resume las bases del anuncio del evangelio, acerca de la venida de un mundo sin pecado, de paz y de justicia, en estas famosas palabras: *Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos* (17:30-31).

Lucas nos dice que, ante la mención de la resurrección de los muertos, algunos, aunque no todos, se burlaron, como hacen hoy



muchos científicos ante la mera idea de la existencia de Dios. Pero habrían hecho mejor, como sus equivalentes modernos, en pensar un poco más acerca de las limitaciones de sus disciplinas filosóficas y científicas. Como escribió el Profesor Russell Stannard, hasta hace poco Vicepresidente del Instituto Británico de Física: *«A pesar de todo su (de la física moderna) valor como fuente de conocimiento, uno ha de aceptar que, como marco aclaratorio, su alcance tiene limitaciones. Hay realidades, como la conciencia, que se salen de sus dominios. Hay porqués... a los que los físicos no pueden responder... es imposible tomarse en serio la afirmación de que la ciencia tiene, o tendrá algún día, todas las respuestas. En concreto, es absurdo que alguien afirme que la ciencia ha demostrado la no existencia de Dios. Eso nunca podrá hacerse».*

OTROS LIBROS
del mismo autor



**FUNDAMENTOS PARA UNA
ÉTICA BÍBLICA**

David Gooding y John Lennox

En medio de una sociedad que ha perdido sus valores y que vive una profunda crisis moral, este libro se ofrece como guía a todos los educadores cristianos deseosos de transmitir a sus alumnos valores bíblicos en un lenguaje actual.

Ref. 224265

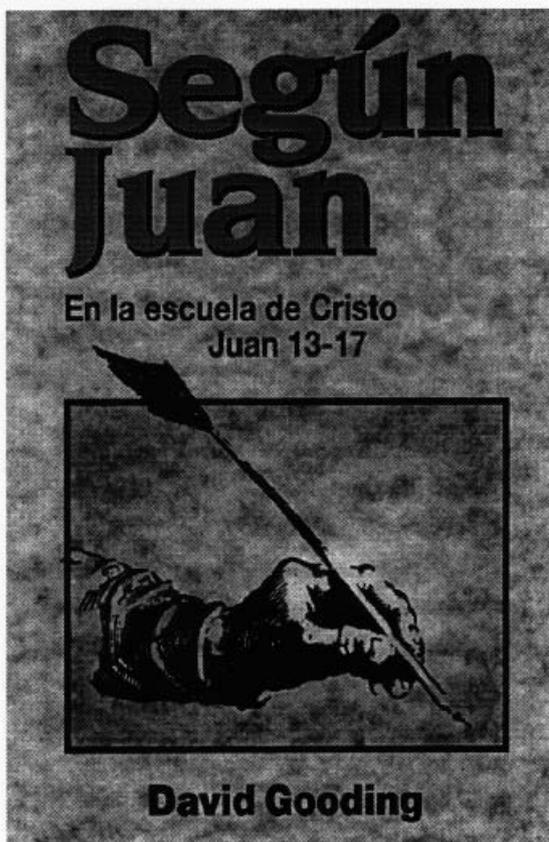


SEGÚN LUCAS

Dr. David Gooding

El autor, mediante un análisis cuidadoso de la estructura literaria del Evangelio de Lucas, presenta un enfoque nuevo y original que culmina en una concepción revitalizada de la Persona y la obra de Cristo.

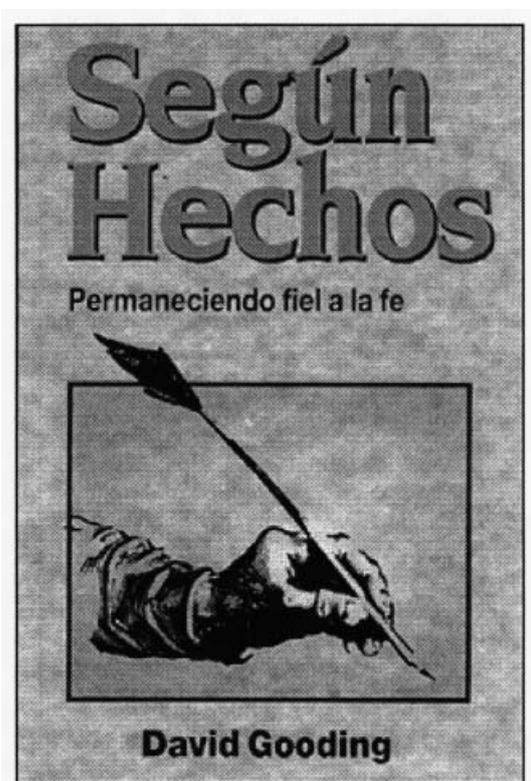
Ref. 223648 448 pp.



SEGÚN JUAN:
En la escuela de Cristo Juan 13 al 17
David Gooding

Este es un libro singular. Explica cómo Jesús estableció su escuela de formación de líderes para instruir a sus discípulos y cómo debemos aprender de su ejemplo para formar a nuestros líderes hoy.

Ref. 224109 344 pp.

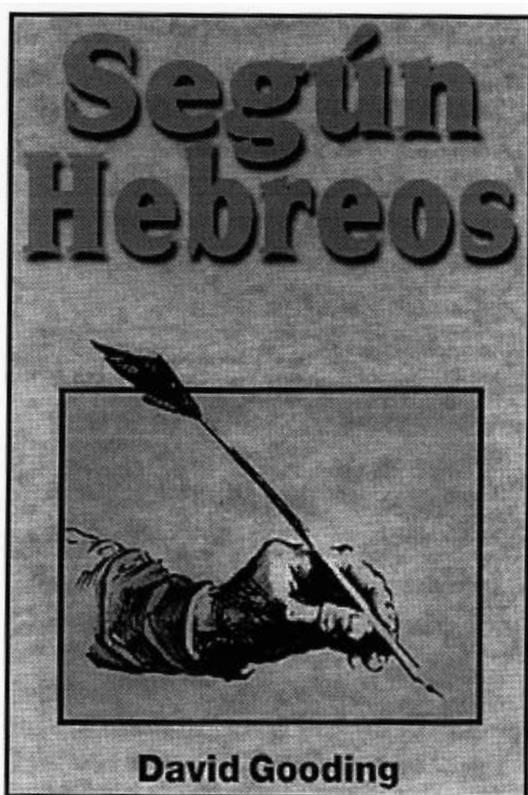


SEGÚN HECHOS

David Gooding

En este libro, de relato vívido y original, David Gooding hace que el lector viva el mundo de la Iglesia Primitiva, dejando en su mente una visión clara e inequívoca de lo que implica y significa realmente permanecer fiel a la verdad y a la fe.

Ref. 224144 566 pp.



SEGÚN HEBREOS

David Gooding

Un completo comentario a la Epístola a los Hebreos por uno de los grandes maestros de la exposición bíblica contemporánea. Con su estilo peculiar, el autor elucida la profundidad del mensaje de Hebreos y desarrolla su aplicación a la Iglesia de hoy.

Ref. 224325

